



**SATURNO
2000.**

CIENCIA FICCIÓN

**ANDERSON
FRIPP**

LABERINTO ESTELAR



Lectulandia

En el espacio exterior, fuera de los límites de nuestro sistema solar, suceden cosas extrañas. Pocos son los hombres capaces de internarse en el vacío sin que un estremecimiento les recorra la espalda. A esos pocos se les conoce como héroes. Y es que más allá de su dominio natural, el ser humano tropieza a cada instante con hechos incomprensibles, que escapan a su ciencia, atribuibles solo a mentes tan diferentes de la suya como el día y la noche. ¿Qué pensar, por ejemplo, cuando a bordo de una nave espacial los objetos cambian de sitio inexplicablemente? ¿O si de pronto en una nave cuya tripulación se compone de veinticinco personas, se descubre que en realidad hay veintiséis... y no se sabe quién está de más? ¿Qué explicación es admisible si el computador de a bordo enloquece y responde a todas las preguntas que se le formulan sólo con una vieja canción infantil?

Lectulandia

Anderson Fripp

Laberinto estelar

ePub r1.0

mnemosine 04.08.13

Título original: *Laberinto estelar*

Anderson Fripp, 1976

Diseño de portada: Olga Lara

Editor digital: mnemosine

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

En el espacio exterior, fuera de los límites de nuestro sistema solar, suceden cosas extrañas. Pocos son los hombres capaces de internarse en el vacío sin que un estremecimiento les recorra la espalda. A esos pocos se les conoce como héroes. Y es que más allá de su dominio natural, el ser humano tropieza a cada instante con hechos incomprensibles, que escapan a su ciencia, atribuibles solo a mentes tan diferentes de la suya como el día y la noche.

¿Qué pensar, por ejemplo, cuando a bordo de una nave espacial los objetos cambian de sitio inexplicablemente?

¿O si de pronto en una nave cuya tripulación se compone de veinticinco personas, se descubre que en realidad hay veintiséis... y no se sabe quién está de más?

¿Qué explicación es admisible si el computador de a bordo enloquece y responde a todas las preguntas que se le formulan sólo con una vieja canción infantil?

Todo esto, por increíble que parezca, iba a tener lugar a bordo de la nave espacial *Ocaso*. Pero nadie, ni aún el capitán, sabía nada de ello. Sin embargo...

Cuando Phil Dick fruncía el ceño, era evidente que algo extraño ocurría. Algo que ni siquiera su ágil mente lograba comprender aún. Algo desconcertante, y por lo tanto quizá peligroso.

Y ahora Phil estaba frunciendo el ceño, mientras contemplaba lo que había sobre su escritorio. Sus manos tamborileaban nerviosamente sobre el metal de la mesa, produciendo un sonido como el de granizo cayendo contra una ventana.

Corría el año 2035. Phil era el comandante de la nave espacial *Ocaso*. Su cabina particular era un recinto estrecho, en el cual sólo había lugar para un catre plegable, un escritorio, una silla y un armario metálico. Todo ello, a bordo, podía ser considerado un auténtico lujo. Pero Phil se había ganado con creces la comodidad. La *Ocaso* no era la primer nave bajo su mando. Había estado ya al frente de numerosas tripulaciones, había conocido los secretos de incontables mundos, y su nombre era reverenciado en sitios tan alejados entre sí que la sola mención de las distancias que lo separaban causaba vértigo.

El Gobierno Terrestre sabía lo que hacía al encomendarle una nueva misión. El Comandante Dick era considerado por muchos el mejor hombre de la Flota. En varios sentidos, esto era cierto. Phil lo había demostrado durante la guerra contra los Bemitas... una guerra que parecía no haber terminado aún. Pero su última misión había resultado un fracaso.

Phil aún sentía sobre sus hombros el peso de ese fracaso. Sus amigos habían intentado convencerlo de que nadie hubiera podido hacerlo mejor que él, pero era inútil.

—Lo único que espero —decía Phil— es que me den una oportunidad para

rehabilitarme. Una sola oportunidad me bastaría.

Y ahora esa oportunidad había llegado. Todo parecía marchar sobre ruedas. La tripulación era excelente, la nave la mejor de la Flota. Como navegante iba su amigo Keith Farmer, lo cual era una absoluta garantía de éxito... Hasta ahora...

Aquello que reposaba sobre su escritorio había acabado con su tranquilidad.

Esa mañana, el mismo Presidente lo había citado en su despacho. Las pesadas puertas del Palacio de Gobierno se abrieron delante de Phil, y éste entró con su habitual paso rápido al inmenso hall de entrada.

Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, de casi dos metros de altura y hombros anchos y fuertes. Su juventud y el alto cargo que ya desempeñaba hablaban bien a las claras de su talento descomunal, de su energía e inteligencia.

El cabello levemente ondulado enmarcaba un rostro duro, cuadrado, y en él unos ojos profundamente azules.

La fuerza de su mandíbula, levemente adelantada, indicaba en él al hombre habituado al peligro, al hombre que no sabe lo que es retroceder ante el enemigo, sea éste quien sea... incluso los Bemitas.

Mientras caminaba hacia los elevadores que lo conducirían al despacho del Presidente de la tierra, una voz a su espalda le hizo detenerse.

—¡Phil! ¿Eres tú?

Phil se volvió. Un hombre de unos treinta años, aún más alto que él, cuya musculatura daría envidia a un campeón de pesas, caminaba hacia él, con los brazos extendidos.

—¡Keith! ¡Keith Farmer! ¿Qué haces aquí?

Se abrazaron. Phil dio unas palmadas en el hombro a su amigo.

—Aunque no lo creas —dijo Keith—, me llamó el Presidente. ¿Y tú?

—Exactamente lo mismo —Phil rio—. Parece que aún confían en nosotros, ¿no es cierto?

—Eso diría. Yo creí que luego de...

—No sigas. El fracaso de la expedición fue terrible para todos —una leve sombra cruzó el rostro de Phil, para disiparse de inmediato—. Pero no hablemos de eso. Desde nuestro regreso no te he visto. ¿Qué ha sido de ti en estos meses?

—Lo de siempre. He estado envuelto como piloto en uno de esos proyectos secretos del Departamento de Cibernética. Ya sabes cómo es eso. Me tuvieron de aquí para allá probando uno de los nuevos monstruos mecánicos que...

—¡Silencio! —interrumpió Phil—. ¡No olvides que es un secreto!

Ambos rieron a carcajadas.

—¿Secreto? —dijo Keith—. ¿Qué puede haber de secreto para ti?

Con la emoción del reencuentro, olvidaron completamente que el tiempo transcurría, hasta que las fuertes campanadas del reloj de la torre de la catedral,

distante apenas unos cien metros de donde se encontraban, los volvió a la realidad.

—¡Las doce! —exclamó Keith—. ¡El Presidente me esperaba a las once y media!

—¡Vamos! —dijo Phil— a mí me citó a la misma hora.

Se dirigieron a paco rápido hacia los elevadores.

El despacho del Presidente estaba ornamentado con piezas de mármol y bronce. Una réplica del *Ramayana II*, la primera nave que cruzó la barrera de la velocidad de la luz, campeaba majestuosamente sobre el monumental escritorio. Detrás, el rostro arrugado de un hombrecito pequeño contemplaba a Phil y a Keith con un leve dejo de reproche.

—Señor Presidente —comenzó Keith, tartamudeando—, nosotros...

—No agregue nada, Mr. Farmer —interrumpió el Presidente. Su voz era asombrosamente poderosa—. Siendo ustedes los hombres que son, las explicaciones están de más. Una falta como ésta es fácilmente perdonable.

—Gracias, Señor Presidente.

El Presidente soltó una leve risa.

—¡Vaya, Dios, qué par! ¡No quisiera estar en el bando opuesto a ustedes!

Phil y Keith se miraron, su vista cruzándose a casi dos metros de altura, y no pudieron reprimir una carcajada. La tensión del momento se había disipado. El Presidente era un hombre sumamente hábil en cuanto a lograr la buena predisposición de sus hombres.

—Bien —dijo, aclarando su garganta—. Les ruego que vayamos al grano.

Los dos hombres que se hallaban frente a él asintieron.

El Presidente, adoptando una expresión adusta, continuó:

—Los he hecho venir hasta aquí por un motivo que creo que ya deben haber adivinado. La Tierra necesita una vez más de sus servicios.

»Aquí tengo el sobre que contiene vuestras instrucciones —alzó un pequeño cobre lacrado—. Les será entregado en el momento en que asciendan a la espaciovave que les está asignada. Sólo yo y otros cinco o seis hombres conocemos el objetivo de la misión. Es de vital importancia que nadie más lo sepa hasta el momento en que la nave se encuentre en el espacio exterior, lejos del alcance de las ondas de radio.

»El motivo de esto es muy simple. Queremos evitar cualquier indiscreción. Una sola palabra poco oportuna podría ser suficiente para desatar el pánico —el Presidente trazó un amplio dibujo en el aire, como para dar más énfasis a su afirmación, y se puso de pie. Su cabeza apenas alcanzaba la altura de los hombros de Keith.

—¿Entendido? —preguntó.

—Sí, señor Presidente.

—Entonces —prosiguió—, les ruego que no me hagan ninguna pregunta al

respecto —Phil y Keith asintieron en silencio—. Ahora bien, todo esto podría habérselo dicho algún subalterno, aún sin conocer el contenido de este sobre. Pero he querido ser yo mismo quien les pida que pongan en esta misión aún más del valor e ingenio que han demostrado hasta ahora. La Tierra les está muy agradecida por los servicios prestados, pero eso no significa que...

—Que podamos fracasar otra vez —concluyó Phil, con expresión adusta.

—Yo no lo diría de un modo tan crudo, pero... En definitiva lamento todo esto, pero la nueva misión que les encomiendo sólo puede resultar un completo triunfo. No hay otra alternativa.

—Entendido —dijo Keith.

—Bien, señores, eso es todo. Su nave espera en el espacio-puerto, lista para partir. Ahora pueden retirarse.

Phil y Keith se observaron. Phil se encogió levemente de hombros. La puerta del despacho se abrió, y ambos se encontraron en el pasillo.

En pocas horas, los preparativos para el despegue fueron concluidos, y la nave *Ocaso*, con veinticinco personas a bordo, abandonó la superficie de la Tierra.

Phil salió de la sala de mandos y se dirigió hacia su cabina, con la intención de abrir el misterioso sobre lacrado y leer su contenido. El curso de la nave había sido programado de antemano en el computador de a bordo. Nadie lo conocía aún, ni lo conocería hasta tanto no fuera develado el secreto del sobre.

De pronto, Phil recordó que aún debía ver los rostros de los tripulantes. Con el apuro de la partida, no había tenido tiempo de conocerlos. «Luego de leer las órdenes —se dijo—, llamaré a una reunión de oficiales».

Pensando en ello llegó a la puerta de su cabina. Entró, sacó el sobre del bolsillo de su uniforme, y lo depositó sobre el escritorio. Tras aflojarse el cuello de la camisa, acercó la única silla y se sentó.

El sobre se abrió entre sus manos. Extrajo su contenido.

Se trataba sólo de un par de fotografías y una hoja de papel escrito a máquina. Hizo el sobre a un lado y contempló la primera de las fotografías.

Su corazón dio un vuelco. Nítidamente dibujado contra la negrura del espacio, se veía un planeta de tipo terrestre. En realidad, cualquiera hubiese dicho que se trataba de la misma Tierra. Los continentes, los océanos, las cordilleras respondían con exactitud a los del mundo hogar, pero algo, algo indefinible, daba a entender que ese planeta no era la Tierra.

Quizá una leve diferencia en las proporciones, quizá una mancha de color diferente, quizá...

Phil frunció el ceño. Aquello era muy extraño. O lo que mostraba la fotografía era la Tierra, o había otra Tierra en algún punto de la galaxia. Y ambas cosas parecían igualmente imposibles.

Intrigado sobremanera, Phil tomó la segunda de las fotografías.

No proporcionaba ninguna solución al dilema. Por el contrario, lo complicaba aún más. En ella podía verse lo que parecía un segmento de la superficie del mismo planeta... y no lograba recordar ningún lugar de la Tierra que fuese al menos remotamente semejante.

Un ancho río corría de extremo a extremo de la fotografía, como en un mapa. Y en el centro, a la orilla del río, se alzaba... un gigantesco laberinto.

Phil se inclinó para que la foto recibiera mejor la luz. Sí, era indudable. Aquel amasijo de líneas entrecortadas, nítidamente visibles por la calidad de la toma, no podía ser otra cosa que un laberinto. Un laberinto de proporciones colosales.

A un lado se divisaba la entrada, junto a un edificio cuyo propósito Phil no lograba adivinar. El resto era todo callejones sin salida, pasajes estrechos, falsas pistas... Y en el centro un amplio espacio libre.

Acercando la fotografía a sus ojos, Phil pudo ver un pequeño punto negro en medio del claro. Pero la toma había sido realizada desde una gran distancia, y no había modo de saber de qué se trataba.

Por el momento, sólo un punto negro.

Completamente desconcertado, Phil hizo a un lado ambas fotografías y tomó en sus manos la hoja de papel. A medida que avanzaba en la lectura, lejos de tranquilizarse, su rostro fue adquiriendo una expresión de creciente inquietud. Finalmente dejó el papel sobre el escritorio, junto a las fotografías.

Durante largos minutos permaneció así, sin poder separar sus ojos de lo que había sobre el escritorio. Su mente vagaba de aquí para allá, sin encontrar asidero. Toda la complejidad del universo, de las estrellas y los planetas, parecía incapaz de explicar lo que había leído. Aquello, simplemente, no podía ser.

Si era cierto, en cambio, siglos enteros de investigación científica caerían por tierra. De un solo golpe, la naturaleza incomprensible de las cosas acabaría con el trabajo de incontables generaciones.

«No» pensó Phil. Su mente educada en la ciencia no podía aceptar la evidencia de las fotografías. Y sin embargo, debía ser cierto. No quedaba alternativa.

Era necesario entonces, y a toda costa, encontrar la explicación que aclarase todo y lo transformase en una mera cuestión de rutina.

Como decía el papel, en las últimas líneas: «En resumen, debe regresar a la Tierra con la demostración plena de que dichos fenómenos no escapan a las leyes naturales, y su veredicto acerca de si constituyen o no un peligro para la Tierra».

Con un rápido ademán, Phil oprimió un botón del intercomunicador de la pared.

—El capitán llamando a sala de mandos —dijo. La voz de Keith respondió casi inmediatamente.

—Aquí sala de mandos.

—Keith —dijo Phil—. ¿Puedes venir unos momentos a mi cabina?

—Bien —respondió Keith.

Un minuto después se oyeron golpes a la puerta. Phil abrió e hizo pasar a su amigo.

—Siéntate en el catre. No hay otro lugar.

Ambos tomaron asiento. Phil en la silla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Keith. Entonces vio las fotografías y el sobre abierto en un rincón del escritorio—. Por lo que veo —agregó—, has leído las instrucciones —el tono de su voz era interrogativo.

—Sí. He querido que seas tú el primero en conocerlas. Quizá tengas algún buen consejo para darme.

—¿Algo malo?

—«Malo» es una palabra demasiado suave. Yo diría...

—¿Los Bemitas, quizá?

—¿Quién puede saberlo? No podríamos asegurar aún si esos monstruos tienen o no relación con esto.

—No comprendo.

—Mejor míralo por ti mismo —Phil señaló las fotografías. Keith las tomó. Diez segundos después, contemplaba a su amigo con el asombro pintado en su rostro.

—¿Qué es esto, Phil?

—Aún no has visto lo peor. Toma.

Keith asió el papel que le alcanzaba Phil, y lo leyó rápidamente.

—Esto es una broma —dijo finalmente, apuntando a la hoja impresa con un dedo acusador—. ¡Una broma de mal gusto!

—¿Lo crees así? —preguntó Phil.

Keith calló por unos instantes.

—No —dijo—. No gastarían tanto dinero en lanzar una nave para gastar una broma. Pero ¿cómo es posible?

—No lo sé —Phil suspiró—. ¡Ojalá pudiera saberlo! Por un momento creí que tú podrías darme la solución, pero ya veo que te encuentras en este momento tan desorientado como yo.

—¡Es que esto es completamente absurdo! —exclamó Keith—. ¡Un contrasentido! ¿Cómo concibes que...?

—No gastemos saliva inútilmente. Creo que lo mejor será llamar ahora mismo a una reunión de oficiales. Es hora de que todos sepan hacia donde vamos, y qué nos espera. ¿No lo crees?

—De acuerdo.

Phil se volvió hacia el intercomunicador. Por un segundo pareció dudar. Luego, mordiéndose el labio inferior, oprimió el botón rojo.

—¡Atención! —dijo—. El capitán al personal científico y de oficiales de la nave. A la hora 22:30:00 se efectuará una reunión de oficiales en la sala de conferencias. Se ruega absoluta puntualidad. Luego de la reunión, los oficiales informarán a su personal respectivo sobre el tema tratado. Repito, a la hora 22:30:00...

Luego de concluir el mensaje, Phil se incorporó y abrió la puerta.

—¡Vamos! —dijo. Su amigo ya lo seguía.

Una sorpresa aguardaba a Phil a la vuelta del pasillo. Al doblar el recodo tropezó con una figura menuda, envuelta en un guardapolvo blanco.

—¡Disculpe! —alcanzó a farfullar antes de comprender del todo qué era aquello que tenía delante.

La mujer estaba arreglándose cuidadosamente el guardapolvo.

—No es nada —dijo. Su voz era fresca y suave. Phil y Keith se miraron uno a otro asombrados. Finalmente Keith hizo una leve inclinación de cabeza y se alejó por el pasillo, sonriendo. Algo típico en él, cuando se trataba de mujeres.

La chica pareció entonces ver las insignias en los hombros del uniforme de Phil.

—¡Oh! ¡Es el capitán! —dijo—. Mucho gusto, capitán, soy la doctora Susan Blaze, bióloga de la nave.

Phil seguía boquiabierto. No era habitual que entre los tripulantes de una nave del espacio hubiera algún miembro del sexo femenino. Pero la mujer que le sonreía, frente a él, era de carne y hueso.

Más aún, se trataba de una auténtica belleza. Sus formas se dibujaban en el ajustado guardapolvo.

Cuando recuperó el habla, Phil logró decir:

—El placer es mío, doctora. Mi nombre es Phil Dick.

Se estrecharon las manos.

—¿Y el otro caballero? —preguntó ella—. Me refiero a ese señor antipático que se fue casi sin saludar.

—¡Oh, no es que sea antipático! —replicó Phil—. Es sólo que...

Era difícil explicar el comportamiento de Keith. Parecía no haber sentado cabeza aún. Para él, las mujeres no eran más que un entretenimiento. Mientras trabajaba, prefería mantenerse alejado de ellas. Finalmente, Phil dijo:

—Bien, ya lo descubrirá usted misma. Se trata de Keith Farmer, el navegante de a bordo.

—Supongo que ya tendré el gusto de saludarlo.

—Eso espero, doctora —Phil se alegró de haber salido del paso.

—Suená muy mal eso de «doctora» —dijo la chica entonces—. Prefiero que me llamen Susan. Los amigos me dicen Sue.

Sonrió.

—Bien, Susan. ¿O puedo yo también llamarla Sue?

Phil estaba recuperando ya sus conocidas, aunque poco utilizadas, dotes de galán. Si no las ponía en práctica más a menudo era sólo a causa de sus prolongadas misiones en el espacio.

—Como usted guste, capitán —respondió la chica.

—Sue, entonces. Pero siempre que usted me llame Phil —sonrió, a su turno.

—De acuerdo. Nunca llamé a un capitán por su nombre, pero por otro lado nunca me había encontrado con un capitán como usted... Phil.

—Gracias —Phil rio con franqueza—. Yo también tenía una idea diferente sobre las científicas. Me imaginaba a esos seres, más parecidos a un cuervo que a una mujer, siempre con la nariz metida dentro de sus tubos de ensayo.

—Bueno —dijo Susan—, se ha equivocado sólo a medias. Mi profesión me lleva la mayor parte del tiempo.

—Me alegro de haber tenido razón en ese aspecto, y no el otro... ¿Y el resto de su tiempo?

—Eso ya lo irá descubriendo más adelante.

Phil rio nuevamente.

—He oído —dijo Sue— que llamó a una reunión de oficiales.

—Así es —respondió Phil.

—¿Estoy invitada?

—Por supuesto. La reunión incluye al personal científico. Ahora mismo me dirigía hacia la sala de conferencias. ¿Me acompaña?

—Con todo gusto.

La doctora tomó el brazo que Phil le ofrecía, y juntos caminaron el resto de la distancia que los separaba de la sala de conferencias.

—Estoy sumamente intrigada —dijo Susan durante el corto trayecto—. Tanto misterio me parece extraño.

—Ahora se develará el enigma —dijo Phil—. Aquí tengo las instrucciones que me han dado para esta misión.

—¿Algo interesante? Me refiero a mi campo de acción, la biología.

—Es posible. Lo que dice este papel da lugar para cualquier sorpresa.

Phil abrió la puerta de la sala de conferencias, y dejó pasar primero a Sue. En el interior del recinto se encontraba Keith, que al verlos se puso de pie.

—Keith —dijo Phil—, te presento a la doctora Blaze.

—Hola, señor antipático —dijo la chica.

Keith dirigió la mirada hacia Phil, como esperando alguna explicación a lo que había dicho Susan. Como Phil no dijo nada, volvió la vista hacia la doctora.

—Encantado, doctora —dijo—. Yo soy Keith Farmer, el navegante.

—Es un placer, Keith —respondió ella—. Y, por favor, llámeme Susan.

—De acuerdo —sonrió Keith.

—Susan es la bióloga de a bordo —dijo Phil—. Si el resto de los oficiales y científicos son como ella...

Todos rieron. Keith negó con la cabeza.

—Mucho me temo que no sea así —dijo—. Mientras tú te dedicabas a echar sebo sentado en tu cabina, di un pequeño vistazo por la nave, y conocí a uno o dos de ellos. Son mucho más musculosos y cubiertos de vello. Y, lo que es peor, de nuestro mismo sexo.

Phil señaló una silla a la chica. Él y Keith se sentaron a ambos lados de ella. El resto de los oficiales llegaría en pocos minutos.

Phil estaba en realidad muy ansioso por conocerlos. Debería viajar con ellos durante un tiempo indefinido, en estrecha colaboración, y viviendo prácticamente bajo un mismo techo. En gran parte, el éxito de la expedición dependía de la capacidad de aquellos hombres, de los cuales aún no conocía absolutamente nada.

II

Mientras conversaba frívolamente con Sue y Keith, Phil contempló el recinto en el que se encontraban. Los armadores de naves espaciales gustaban de los nombres rimbombantes. La «sala de conferencias» se reducía a un cuartucho separado de la sala de mandos por una mampara plástica, en el cual difícilmente cabían diez hombres sentados.

Todo en la nave debía ser pequeño, y lo más funcional que resultara posible. Los cohetes, con sus respectivos tanques de combustible, ocupaban el cincuenta por ciento del volumen de la nave, y los motores hiper-atómicos otro treinta por ciento. El veinte por ciento restante debía ser repartido entre el instrumental, los camarotes de los oficiales, la sala de la tripulación, laboratorios, comedores, cocinas, baños, depósitos y pasillos.

El más perjudicado era siempre Keith. Invariablemente debía inclinar la cabeza, pues sus dos metros de estatura no encontraban lugar en las habitaciones de techos bajos. No era de extrañar que fuera siempre el más ansioso por bajar a tierra.

Finalmente, la puerta volvió a abrirse, y por ella entraron a la habitación cuatro hombres muy diferentes entre sí.

Dos de ellos eran los típicos oficiales de la Flota. Sus hombros, erguidos y rígidos coincidían con sus mandíbulas cuadradas y su mirada penetrante. Ambos observaban apreciativamente la figura de la doctora Blaze, que se había puesto de pie y sonreía, mostrando unos dientes perfectos, blanquísimos.

Phil observó los ojos de los oficiales. En ellos se notaba esa marca indefinible que el espacio deja en la mirada de los hombres. Parecían estar llenos de estrellas, habituados a contemplar distancias incalculables en el vacío interestelar.

Uno de ellos mostraba un gran bigote, el cual retocaba constantemente con su mano izquierda. Ambos oficiales estaban uniformados con una especie de túnica color café, sobre camisa y pantalones del mismo color, al igual que Phil y Keith.

Los otros dos hombres vestían un guardapolvo blanco, lo cual los identificaba como científicos. Uno de ellos, de elevada estatura y fuerte complexión física, parecía contemplar todo con notable tranquilidad. El otro, pequeño y nervioso, llevaba una barba canosa que hacía juego con su melena despeinada.

Phil se alzó, dirigiéndose a los recién llegados.

—Señores —dijo—. Soy el capitán Phil Dick, comandante de esta nave espacial. Aquí a mi derecha —señaló a Susan—, la doctora Blaze, bióloga.

Los demás inclinaron levemente la cabeza.

—A mi izquierda —prosiguió Phil—, el navegante y vice-comandante, Keith Farmer.

Terminadas las presentaciones, el científico alto y tranquilo se adelantó y estrechó

la mano de Phil.

—Encantado —dijo—. Doctor Detchz, médico.

Phil sintió la fuerte presión de los dedos del médico en su mano, asombrado de la personalidad que se evidenciaba en la figura de aquel hombre.

—El placer es mío, doctor —dijo—. Espero que nuestro trabajo en conjunto sea fructífero.

—Así sea —respondió el doctor, completando el saludo tradicional.

El doctor Detchz se hizo a un lado, saludando a Keith pero no a Susan. Esto llamó la atención de Phil, pero inmediatamente se dijo que quizá el doctor la conociera de antemano, por lo cual no había creído necesario volver a saludarla.

De todos modos, anotó en su mente aquel incidente para investigarlo más tarde.

Se adelantó entonces el hombrecillo nervioso.

—Capitán —dijo—, es un verdadero honor. Mi nombre es Estrid Jalls, doctor Estrid Jalls, físico, matemático, geólogo y químico.

Phil, aturdido, apenas atinó a responder. Pero cuando lo hizo, ya el doctor Jalls se hallaba en otro lugar de la habitación, conversando ávidamente con Susan, a quien evidentemente no conocía de antemano.

Con una sonrisa interior, Phil no pudo menos que pensar: «¡A su edad!»

Los dos oficiales uniformados se cuadraron, y tras el saludo militar, estrecharon por turno la mano del capitán. Uno de ellos se presentó como teniente Loogs, jefe de máquinas, y el otro como teniente Miller, jefe de aprovisionamiento. Este último era el del bigote.

Finalmente, todos se ubicaron en las sillas dispuestas en la habitación.

Phil tomó asiento en la butaca especialmente provista para el capitán, apoyó los codos en el pequeño escritorio y se aclaró la garganta.

Ante la señal, los concurrentes se prepararon a oír su voz.

—Señores —dijo el capitán—. Los he citado para ponerles al tanto de las instrucciones recibidas para llevar a cabo esta misión. Instrucciones que, como ya saben, se han mantenido hasta ahora en el mayor de los secretos.

Phil recorrió con la vista su reducido auditorio, como queriendo encontrar apoyo para sus palabras.

Seis pares de ojos lo observaban ansiosamente.

III

Durante años, las primeras planas de los periódicos terrestres no habían hablado de prácticamente otra cosa que no fueran los Bemitas.

NUEVO ATAQUE ENEMIGO EN ALFA CENTAURI

Decían los grandes titulares, o quizá:

FUERON AVISTADAS DIEZ NAVES ENEMIGAS EN LAS PROXIMIDADES DE GANÍMEDES

La humanidad entera no se cansaba de hablar de ellos, de sus misteriosas apariciones y desapariciones. Los noticieros televisivos dedicaban la mitad de su tiempo a describir las últimas batallas, las reuniones de más alto nivel celebradas para discutir alguna nueva estrategia, etcétera. Los programas de mayor rating eran aquellos en los que se proyectaban films documentales sobre la guerra.

Era algo muy comprensible que los hombres reaccionaran de aquel modo. Los Bemitas eran el mayor misterio con que se había topado la humanidad en su historia, y quizá el mayor peligro también.

Todo comenzó el día en que una nave exploradora, la *Guinnevere III*, desapareció misteriosamente en las proximidades de Saturno. Los medios de información se ocuparon inmediatamente del asunto, y la noticia se propagó como un reguero de pólvora.

Los investigadores del gobierno se pusieron también al trabajo, pero no lograron develar el misterio. Aún se hallaban intentando resolver lo indescifrable, cuando una segunda nave, la *Celta IV*, siguió los pasos de la primera.

Aquello no tenía sentido. Apenas habían transcurrido dos días entre una desaparición y otra. Todos los medios del gobierno se pusieron en marcha, las naves partieron una tras otra a patrullar el espacio en las cercanías de los sitios desde los cuales se había recibido la última transmisión de la *Guinnevere* y la *Celta*.

Cuando ya se temía que la investigación no condujera a nada, se produjo algo inesperado. Una flota compuesta de cinco naves exploradoras se hallaba en las proximidades del satélite Io, cuando la nave capitana comunicó que había avistado un objeto desconocido que se desplazaba a velocidad vertiginosa en su dirección. El resto de la flota se apresuró a reunirse en un apretado círculo.

En pocos segundos, el objeto desconocido se acercó lo suficiente como para que

los teleobjetivos pudieran distinguirlo con nitidez. Se trataba de un objeto en forma de huso, de unos trescientos pies de largo y cincuenta de ancho, sin ningún tipo de rasgos externos, brillante, de un color plateado que reflejaba la luz de las estrellas. Antes que el capitán de la flota pudiera tomar alguna decisión, mientras aún se creía que aquello podía ser sólo un meteorito gigante de extraña forma, un delgado rayo blanco partió de la proa del objeto desconocido.

Esto fue lo último que se supo de aquella flota en la Tierra. Cuando llegaron las patrullas de rescate al lugar, no quedaba rastro de ninguna de las cinco naves, ni tampoco del objeto desconocido.

Aquello fue suficiente para que la humanidad supiera que se hallaba en guerra. Contra quién, o contra qué, no había manera de saberlo todavía.

Los científicos estudiaron minuciosamente la filmación del objeto que la flota desaparecida había enviado por radio a la Tierra en el mismo momento en que era tomada. Su conclusión fue que se trataba de algún tipo de nave, cuya propulsión resultaba completamente desconocida, capaz de desplazarse a velocidades que el hombre jamás había osado soñar. Por la dirección que llevaba en el momento de ser vista, la nave parecía provenir de la estrella Bem XIX. De todos modos, no había manera de demostrarlo.

Al día siguiente, los periódicos de todo el mundo habían lanzado ya noticia: «ATACAN LOS BEMITAS: OTRAS CINCO NAVES DESPARECIDAS».

Cundió el pánico. La mente sugestionable de los hombres se llenó de imágenes de poderosas naves enemigas invadiendo la Tierra. La ola de suicidios que siguió fue monstruosa.

El gobierno se apresuró a convocar a todos los directores de diarios del mundo. Con gran esfuerzo, logró convencerlos de que era conveniente tranquilizar a la población. Los titulares, a partir de entonces, cambiaron de tónica. «NO DEBE TEMERSE POR LA SUERTE DE LA TIERRA», podía leerse, «LA SITUACIÓN ESTÁ YA BAJO CONTROL».

En tanto, los ataques prosiguieron. Cientos de naves Bemitas aparecieron y desaparecieron dentro del sistema solar y en las proximidades de las estrellas vecinas. A veces se limitaban a girar en torno a un satélite durante unos minutos, para luego esfumarse en la nada. Pero otras veces desaparecían más naves terrestres.

Cualquier intento de destruir una de las naves invasoras estaba destinado al fracaso. Las descargas terrestres parecían incapaces de hacer mella en las corazas que cubrían los aparatos invasores. Mientras los periódicos insistían en que todo estaba bajo control, el gobierno comenzó a temer por el futuro de la Tierra.

Ningún ser humano había logrado aún ver jamás a un Bemita, ni lo lograría. Las conjeturas sobre su probable apariencia se tejían continuamente, pero no había manera de demostrar su veracidad. Unos decían que se trataba de monstruosos pulpos

con ojos de insecto, otros que eran vegetales con capacidad locomotriz, otros más; que se trataban de máquinas inteligentes que habían asesinado a sus creadores para lograr su libertad... Alguien insinuó incluso que quizá fuesen seres fundamentalmente similares a los hombres, pero de una maldad instintiva más allá de toda imaginación. Cada persona tenía su propia teoría, pero nadie estaba convencido de tener la razón.

Los científicos celebraban congresos especiales destinados a discutir los prodigios de ingeniería que constituían las naves invasoras. ¿Era posible que los Bemitas hubieran obtenido el secreto de la invisibilidad? Parecía poco probable, pero ¿qué otra explicación podía haber?

La situación continuó sin mayores variantes durante varios años. Cada vez la Flota se veía privada de un mayor número de sus mejores hombres, y las fábricas no daban abasto para reemplazar las naves perdidas.

Sin embargo, la Tierra jamás fue atacada. Este misterio pronto fue explicado por una teoría que esbozó cierto científico empleado por el Gobierno: La intención de los Bemitas, según esta teoría, era la de desbaratar las defensas de la Tierra para finalmente ocupar el planeta sin encontrar resistencia. De ese modo, los enemigos se hallarían en posesión de un planeta sin daño alguno, y podrían utilizarlo para sus propios fines. Cuales serían esos fines, no había modo de saberlo.

Lo que no sospechaba nadie era que aún faltaba a la humanidad recibir otra gran sorpresa.

Habían transcurrido años ya desde la desaparición de la nave *Guinnevere III*, cuando algo extraño comenzó a ser notado. A lo largo de un día entero no fue ni siquiera vista una sola nave enemiga. Los generales terrestres celebraron una importante reunión, en la cual se esbozó la teoría de que el enemigo estaba preparando el gran ataque final.

Pero nada de ello ocurrió. Al día siguiente los Bemitas tampoco se dejaron ver. Ni tampoco a lo largo de la primer semana, ni de la segunda.

Finalmente transcurrieron meses enteros sin novedad. Los diarios dejaron de conceder importancia al asunto, y sólo en esferas militares seguía temiéndose una reiniciación de los ataques.

Un año después, al ver que nada ocurría, el gobierno decidió que había llegado el momento de debilitar ligeramente las defensas de la Tierra para enviar una flota en dirección a la estrella Bem XIX, el supuesto lugar de origen del enemigo.

Entonces Phil Dick fue llamado. A lo largo de la guerra, Phil había llevado a cabo varias acciones heroicas, de las que había salido librado sólo por milagro. El gobierno confiaba en él plenamente.

La flota partió el día del séptimo aniversario de la desaparición de la nave *Guinnevere III*, al mando de Phil Dick. El viaje transcurrió sin novedad alguna. A las

pocas semanas la estrella Bem XIX se hallaba a muy corta distancia.

Tanta tranquilidad era sospechosa. La flota recorrió la mitad de los planetas del sistema de la estrella Bem XIX sin que ocurriera absolutamente nada. Los Bemitas no daban señal de vida.

Finalmente, sólo quedó una posibilidad: ese sistema no era el lugar de origen del enemigo. Aquello provocó en Phil un sentimiento de culpabilidad que no por injustificado dejaba de ser real.

Una exploración rápida de los sistemas más cercanos sólo arrojó el mismo resultado: el hogar de los Bemitas no fue descubierto.

La flota regresó en el más completo fracaso. Phil partió de vacaciones al lejano oriente, recorrió durante unos pocos meses las viejas ciudades que habían visto nacer civilizaciones y las habían visto morir, y regresó a Nueva York.

Fue entonces que el Presidente volvió a llamarlo, a él y a su amigo Keith. Un nuevo misterio se había agregado a los ya conocidos.

La sala de conferencias de la nave *Ocaso* comenzaba a llenarse ya del humo de los cigarrillos. El nerviosismo de los presentes se traducían en incómodas toses y en un resonar de sillas sobre el piso metálico.

—Ha llegado el momento —decía Phil— de darles a conocer el contenido de este papel —extrajo de su bolsillo la hoja escrita y las dos fotografías que había hallado dentro del sobre de instrucciones—. Prefiero leerles las instrucciones textualmente, antes que arriesgar una interpretación propia. Una vez concluida la lectura, los señores presentes podrán hacer preguntas.

Se aclaró la garganta. El teniente Miller volvió a retorcerse con placer el bigote, como queriendo indicar que gozaba de la situación. Era tradicional entre los oficiales de la Flota una gran predilección por el peligro, por el suspense.

—Dice así —prosiguió Phil—: «Comandante Phil Dick, oficial de la Flota: el Señor Presidente del Gobierno Mundial y el Alto Mando de la Flota le encomiendan una vez más una misión de importancia trascendental, al igual que a la experimentada tripulación que, a sus órdenes, revistará a bordo de la nave espacial *Ocaso*.

»Se trata de una misión que reviste particular interés. Con el objeto de interiorizarlo sobre la materia, esbozaremos una pequeña historia del asunto en cuestión.

»Dos meses atrás, la nave-robot *Midkan 7085* se aproximó a un mundo de tipo terrestre que orbita la estrella Thowax, el cual no había sido descubierto hasta entonces. Las cámaras automáticas de la nave-robot recorrieron su superficie con minuciosidad, registrando todo lo que de interés pudiera haber en ella.

»La primera de las fotografías recibidas en la Tierra es la que se halla en su poder, y muestra la superficie completa de este planeta, al que se ha dado en llamar Tierra II, por motivos obvios.»

Phil interrumpió la lectura y alcanzó la fotografía en cuestión a Keith, quien a su vez la pasó a los demás. Una vez que todos conocieron la fotografía, y sin prestar atención a sus miradas de asombro, Phil continuó la lectura.

—Se trata de un planeta en todo similar a la Tierra, en lo que a características físicas se refiere. Sin embargo, el espectrógrafo de la nave-robot registró datos diferentes a los que deberían deducirse del material fotográfico. Por lo demás, en las fotos obtenidas por medio de teleobjetivos se observa que los pequeños detalles geográficos difieren considerablemente de los terrestres.

»Una de esas fotos es la que muestra el Laberinto, y se halla también en su poder.

Phil tomó la segunda fotografía, que pasó de mano en mano al igual que la primera.

—El Laberinto es obviamente una réplica del mítico Laberinto construido por Dédalo, en el cual moraba el monstruo llamado Minotauro, con cuerpo de hombre y cabeza de toro. Se trata de una leyenda de la mitología griega, la cual al parecer se ha transformado en realidad en Tierra II. El pequeño punto negro en el centro del Laberinto, según nuestros estudiosos, no puede ser otra cosa que el propio Minotauro.

»En el resto de la superficie del planeta, distribuidas irregularmente, se hallan otras construcciones, e incluso ciertos accidentes geográficos correspondientes a leyendas de la antigüedad. Así, tenemos por ejemplo los Jardines Colgantes, la Biblioteca de Alejandría, la Torre de Babel, etc., etc. Por otra parte, hay reproducciones más o menos fieles de edificaciones existentes en la actualidad, como las Pirámides de Egipto, el Pentágono, la Torre Eiffel o la Muralla China, sin contar reproducciones de ciudades enteras, como Shangai, Buenos Aires y New York, entre otras. Nuestros estudiosos no han hallado explicación posible a estos fenómenos.

»Todo esto nos ha dejado un solo camino a seguir. Tierra II debe ser explorado por una expedición compuesta por elementos capaces de llevar una investigación a buen término. A tal efecto, la computadora de la nave *Ocaso* se halla programada para llevar la nave hasta ese extraño planeta. Cualquier información adicional que sea necesaria será suministrada también por la computadora.

»Su tarea, en última instancia, es simple. En resumen, debe regresar a la Tierra con la demostración plena de que dichos fenómenos no escapan a las leyes naturales, y su veredicto acerca de si constituyen un peligro para la Tierra.

Phil alzó la vista con lentitud.

—Eso es todo —dijo.

Los presentes se miraron entre sí, incrédulos, y luego enfocaron su vista sobre el capitán. El primero en hablar fue el doctor Jalls.

—Capitán —dijo—. Todo esto es increíble. Estoy comenzando a dudar de la cordura del Alto Mando y del mismo Presidente.

Inmediatamente tuvo lugar una verdadera batahola, en la cual todos querían

hablar a la vez.

—¡Señores! —exclamó Phil—. No discutamos en vano —las voces se fueron acallando—. Tenemos órdenes que cumplir, y esas órdenes son bien precisas. Una vez cumplidas, veremos si alguien está loco o no lo está. ¿Alguien tiene una pregunta?

Todos se miraron entre sí. Finalmente habló el doctor Detchz.

—Capitán —dijo—, quisiera saber cuándo podré efectuar un reconocimiento médico a la tripulación, incluyendo a oficiales y científicos.

Phil lo observó, intrigado.

—No creí que fuese necesario, dado que antes de la partida, los médicos de la base...

—Disculpe, capitán —interrumpió el doctor—, pero yo, como médico de a bordo, sí lo creo necesario.

Phil frunció el entrecejo. Todos miraron al doctor.

—Bien, doctor —dijo Dick finalmente, con voz dura—. Como usted guste. Puede comenzar mañana mismo, siempre y cuando no dificulte las tareas de a bordo.

—De acuerdo, capitán.

—¿Ninguna otra pregunta? —dijo Phil. Todos permanecieron inmóviles.

—Bien. Doy por concluida la reunión.

Se puso de pie. Los demás lo imitaron, y uno a uno fueron saliendo de la habitación. Finalmente quedaron en ella Susan, Keith, Phil y el médico. Keith observaba a Phil con una mirada significativa.

—Phil —decía Susan—, ¿no cree que es algo muy excitante? ¡Imagínese! ¡Un ser con cabeza de toro y cuerpo de hombre!

—Susan —dijo Phil—, más que excitante puede que sea peligroso...

—¿Peligroso? —dijo Susan—. ¡Por favor, Phil! Piense que nos divertiremos mucho.

—¡Esto no es un juego, Susan! —exclamó Phil.

—Discúlpeme, no quise...

—No importa. De todos modos, quizá sí sea un juego. ¿No lo cree?

Phil se volvió hacia el médico.

—Espero —dijo— que al menos nos dejará dormir antes de comenzar con sus exámenes.

—Por supuesto, capitán —dijo el doctor—, pero antes quisiera hablar unas palabras con usted.

—Ya es muy tarde —respondió Phil—. Recuerde que...

—Por favor, capitán.

—Bien.

Phil se excusó con Keith y Susan, y salió de la habitación acompañado por el

médico.

—Usted dirá, doctor —dijo, una vez en el pasillo.

—Quisiera estar seguro de que no nos oyen —dijo Detchz.

—Bien. ¿Vamos a mi cabina?

—Como usted guste.

En silencio caminaron hasta la puerta de la cabina de Phil.

Phil se hallaba de mal humor. ¿No alcanzaba con lo descabellado de la misión que le habían encomendado? No. En su primer encuentro con la tripulación ya tropezaba con un problema. ¿Qué ocurriría con ese hombre de mirada dura y fría? ¿Qué estaría intentando, qué buscaría? Y, más que nada, ¿qué esperaba encontrar?

Sin hallar solución al problema, abrió la puerta de su cabina y dejó pasar primero a su acompañante. Éste tomó asiento en la cama, a una señal de Phil, y se aclaró la garganta. Cuando Phil estuvo ubicado en su escritorio, habló.

—Capitán —dijo—, lamento mucho la escena de hace unos momentos.

—Yo también —dijo Phil—. No considero que sea prudente...

—Lo comprendo, capitán —interrumpió el doctor—. Si bien el médico de a bordo puede reglamentariamente oponerse a las órdenes del capitán, e incluso sobrepasar su autoridad si se trata de la salud de la tripulación, por lo general se acostumbra llegar a un acuerdo.

—Así es —asintió Phil.

—Por eso mismo he querido hablar con usted a solas. Quiero explicarle qué motivos me llevaron a desear hacer un reconocimiento de la tripulación.

—Explíquese, entonces.

—El problema reside exclusivamente en la doctora Blaze.

—¿La doctora Blaze? ¿Por qué entonces...?

—¿Por qué voy a examinar a todos los tripulantes? Pues para no despertar sospechas.

—¿Sospechas? —Phil estaba francamente intrigado—. En todo caso, ahora está despertando sospechas sobre usted mismo.

—Déjeme concluir —pidió el doctor—. No deseo que la doctora sepa que me interesa revisarla especialmente a ella... No, no me malinterprete, no se trata de que sea joven y hermosa. Un médico, y más a mi edad, está más allá de esas cosas en cuanto a sus pacientes. Se trata de que... Antes de que usted llamara a la reunión entré al laboratorio de biología, y en su interior se hallaba la doctora, trabajando. Al principio no me oyó, de modo que llegué hasta ella sin que se percatara de mi presencia. Y tuve el tiempo suficiente para descubrir que...

—¿Sí?

—La doctora Blaze no respiraba.

IV

Phil dio un respingo. La mirada del doctor Detchz era oscura y profunda. Parecía estar hablando en serio.

—¿Cómo dice? —preguntó Phil, frunciendo el ceño.

—Lo que ha oído, capitán —respondió el doctor Detchz—. La doctora Blaze no respiraba. Su pecho no subía y bajaba como el de cualquier otra persona. Y no se oía el rítmico entrar y salir del aire. Como comprenderá, un médico está habituado a observar esas cosas. Quizá usted no lo hubiera notado. Pero yo sí. Llevo muchos años en la profesión.

—Supongo —dijo Phil con sequedad— que usted comprenderá que sus afirmaciones son muy difíciles de creer.

—Sí, capitán. Pero para decir la verdad no me intimida, por más absurda que parezca.

—Siempre y cuando sea la verdad —murmuró Phil para sus adentros.

—¿Cómo dijo? —preguntó Detchz.

—Nada, doctor, nada. Ahora respóndame a una pregunta. Suponiendo que lo que usted dice sea cierto... y digo suponiendo... ¿qué conclusión saca usted de ello, si se puede saber?

—Es una pregunta difícil, capitán —respondió el doctor—, dado que no dispongo de ningún tipo de datos, a no ser por una observación circunstancial. Precisamente por ello solicité realizar ese examen médico a la doctora Blaze. Quisiera llevar a cabo esa tarea antes de responderle.

—De acuerdo. Esperaré hasta entonces. Pero no autorizaré que examine al resto de la tripulación. Y es mejor que del examen de la doctora saque alguna respuesta concreta. No olvide que su actitud me resulta, como es lógico, sospechosa...

—Bien, capitán.

—Puede retirarse, entonces.

Phil se incorporó. El doctor hizo otro tanto, pero cuando Phil iba a abrir la puerta para que saliese, le detuvo.

—Capitán —dijo—. Quisiera aclararle que no busco ningún tipo de problemas con usted. Todo lo contrario. Si he venido a hablarle de esto, y no tenía ninguna necesidad de hacerlo, es porque considero necesario que el capitán de la nave esté al tanto de todo lo que ocurre a bordo, así sean las sospechas de un viejo médico. ¿Me comprende?

Phil pareció meditar por un instante.

—Usted dice que la doctora Blaze no respiraba mientras no sabía que usted se hallaba en el mismo recinto —dijo—: Cuándo lo vio, ¿qué ocurrió?

—Comenzó a respirar —respondió el doctor—, como si nada hubiera ocurrido,

con su sonrisa de siempre.

—Bien. Puede retirarse.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo el doctor—. ¿Aún sospecha de mí?

—Veremos.

El doctor se marchó. Phil regresó a su escritorio, se sentó y apoyó la cabeza entre las manos.

Era necesario efectuar una investigación sobre el doctor Detchz cuanto antes. No hacía falta pensar mucho para llegar a aquella conclusión. Toda esa charla absurda sobre la doctora, sobre Sue, ponía al doctor en una situación evidentemente delicada.

Pero ya era más de medianoche, según los relojes de la nave, y las actividades del día siguiente comenzarían a hora muy temprana. De modo que Phil abandonó el escritorio y preparó su lecho. Se desnudó y se introdujo entre las mantas. Mañana quizá se aclarara un poco la situación.

Phil demoró bastante en dormirse. Una multitud de pensamientos se agolpaban en su mente, impidiendo la llegada del sueño.

Estaba el asunto de Tierra II. El misterio era demasiado grande como para olvidarlo... Un planeta en todo similar a la Tierra, pero que sin embargo no es la Tierra. Un planeta en el que las viejas leyendas mitológicas se han transformado en realidad. Un planeta en el que se hallan reproducciones casi exactas de ciudades enteras de la Tierra, y de otras construcciones tales como la misma Muralla China.

Por otra parte, seguía en su mente la cuestión de los Bemitas, su misteriosa y repentina desaparición, la amenaza siempre latente de un nuevo ataque... esta vez contra la misma Tierra quizá.

Y luego aquel asunto del doctor Detchz, esa tontería sobre Sue...

Finalmente, sus pensamientos lo llevaron a la figura de aquella mujer. Su cuerpo grácil, bien formado, su rostro de piel tersa y suave se habían grabado en su retina como si los conociera desde mucho tiempo atrás.

¡Una científica, y además joven y hermosa, a bordo de su propia nave! Aún no lograba creerlo. ¿Qué opinaría Keith de aquello? Sin duda, que sería una molestia para el trabajo. Algo muy distinto de lo que pensaba el propio Phil...

Cuando al fin el sueño llegó, le pareció a Phil que no habían transcurrido diez segundos cuando su reloj indicó que ya era hora de ponerse en pie nuevamente. Se vistió, se afeitó, peinó sus cabellos y abandonó la habitación.

La investigación sobre el doctor estaba a punto de comenzar.

La sala de mandos estaba ocupada por Keith y dos tripulantes, sentados delante de complicadas consolas, en las cuales una profusión de luces indicaba el buen o mal funcionamiento de cada instrumento de la nave. Keith parecía atareado, observando a la vez un cuadernillo lleno de anotaciones técnicas y los movimientos de una serie de agujas indicadoras que había a su frente.

En el lado opuesto a la puerta de entrada, las estrellas brillaban a través de un grueso vidrio. En este lugar, pensó Phil, se tiene realmente la sensación de hallarse en medio del vacío infinito.

Al oír los pasos de Phil, Keith se volvió.

—¡Hola, Phil! —saludó, jovialmente—. ¿Has venido a hacernos una visita?

—Algo así —respondió Phil—. ¿Cómo marcha el trabajo?

—A la perfección —respondió Keith—. En realidad el computador se encarga de casi todo. Si no fuera así, en la sala de manos debería haber al menos diez hombres más, y el trabajo sería mucho más fuerte para todos. Como están las cosas, se puede decir que nos hallamos de vacaciones.

Phil sonrió, sin mucho convencimiento. Keith lo miró.

—¿Ocurre algo, Phil? —preguntó.

—Nada en especial, Keith —respondió Phil, con una mirada que indicaba que sí ocurría algo en realidad—. Sólo quería hacerle cierta pregunta al computador. ¿Me acompañas?

—Bien —respondió Keith. Indicó a uno de los tripulantes que ocupara su puesto, y se levantó—. Vamos.

La computadora se hallaba en uno de los rincones de la sala de mandos. En realidad, aquel pequeño aparato constituido por un teclado similar al de las máquinas de escribir, una serie de diales y una estrecha ranura en el centro de un trozo de metal liso, era sólo una ínfima parte de la computadora propiamente dicha. Esta ocupaba, en su sector principal, toda una habitación al otro lado de la pared. Además, largos tentáculos formados por cables y complicados mecanismos recorrían la nave de extremo a extremo, como un sistema nervioso. En realidad, de eso mismo se trataba. El computador cumplía las funciones de un verdadero sistema nervioso.

Sin decir una palabra, Phil se aproximó al teclado y comenzó a escribir en él, como lo haría en una máquina de escribir. Keith intentó seguir el hilo de la pregunta, pero Phil era demasiado rápido y no lo consiguió. Cuando el capitán concluyó su tarea, esperaron unos pocos segundos. La máquina era completamente silenciosa. Sin embargo, sabían que los inmensos bancos de memoria estaban trabajando, seleccionando datos, estructurándolos en una respuesta lógica.

Finalmente, una hoja de papel asomó por la ranura ubicada a un lado de la máquina. Phil la tomó. Uno de sus lados estaba completamente cubierto de caracteres. Phil lo leyó con avidez, traduciendo velozmente en su mente los símbolos que imprimía la máquina en palabras y frases enteras. A medida que avanzaba, su ceño iba adquiriendo una expresión más y más sombría. Cuando concluyó, alzó la vista y contempló a Keith con una mirada llena de cólera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Keith, alarmado.

—Nada de importancia —respondió Phil, haciendo leves señales que indicaban

silencio. Los dos tripulantes se hallaban en la sala, y no se habían percatado aún de nada de lo que ocurría, ocupados en su trabajo.

Phil volvió a mirar el papel, y luego a su amigo.

—Vamos —dijo. Juntos salieron, cerrando la puerta tras de sí.

A los pocos segundos se hallaban en la cabina de Phil. Keith tenía el papel en sus manos. Lo leyó. Cuando concluyó, su expresión se asemejaba mucho a la de Phil.

—Pero... —dijo—, ¿cómo es posible?

—Aún no lo sabes todo —respondió Phil, y le narró la entrevista que había sostenido con el doctor Detchz. Keith no cabía en sí de asombro.

—¡Pero ese hombre es un loco! —dijo, cuando Phil concluyó—. ¿Cómo es posible que la Flota lo haya incluido a bordo?

—No olvides —respondió Phil—, que según el criterio oficial, el doctor Detchz está completamente rehabilitado. Repito, según el criterio oficial.

—De acuerdo. Pero lo que él hizo con aquella niña, aunque haya ocurrido hace tantos años, no es algo que se perdona con facilidad. Y el que lo ha hecho una vez puede repetirlo en cualquier momento. ¿Cómo se te ocurrió recurrir al computador?

—Fue muy simple. ¿Recuerdas la hoja de instrucciones? Allí se decía que cualquier dato adicional que se requiriese podría serle pedido al computador. Sólo hacía falta entonces escribir en el teclado: «Antecedentes personales del doctor Detchz, médico». Sin duda alguna, tales datos se hallarían en el banco de memoria de la computadora.

—Lo que no esperabas era que...

—... que el doctor Detchz resultase ser... lo que es. Aunque quizá no debiéramos ser tan drásticos. Es un pobre hombre. Luego de aquel mal paso, según dice la respuesta del computador, se esforzó, en borrar su culpa haciendo los mayores sacrificios. Permaneció diez años en el África, en medio de una tribu salvaje, curando y prestando ayuda a los enfermos. Estuvo once años en Marte, en las minas de Galaxita. Y ya sabes qué espantoso espectáculo constituyen los que se accidentan en esas minas. La Galaxita es un mineral que...

—Sí, ya lo sé. Y estoy de acuerdo con lo que dices. Pero de todos modos... No olvides que la respuesta del computador dice también que permaneció tres años en una cárcel... encerrado junto a los más peligrosos.

—Eso fue en su juventud. Pero luego vino el doctorado, y desde entonces ha sido un hombre de bien.

—Hasta ahora.

—¿Qué quieres decir? Quizá esté loco, loco de remate, pero eso no quiere decir que tengamos que arrestarlo, o algo por el estilo. Yo diría que con un poco de vigilancia discreta... Y, por supuesto, no seguirle la corriente en nada...

—¿Pero no comprendes? —Keith parecía exasperado. Muy rara vez se le

escapaba a su amigo algo tan evidente como lo que acababa de ocurrírsele.

—¿Qué debo comprender? ¡Explícate!

—Escucha esto: el doctor Detchz te ha dicho algunas cosas absurdas, producto de la mente de un loco. Pero ¿qué fin perseguía al decirte todo eso?

—El de examinar a la doctora Blaze.

—¿Y cuándo iba a realizar ese examen?

—¡Hoy a primera hora!

Sin agregar una palabra, Phil salió disparado como un proyectil hacia el pasillo. Se dirigió a la carrera hacia el consultorio médico.

—¡Espero que no lleguemos tarde! —exclamó. La repentina idea de hallar a Sue debatiéndose indefensa en manos de un maníaco le hizo acelerar aún más su carrera.

Keith corría tras él. Tras un par de recodos alcanzaron la puerta del consultorio: Phil la abrió con violencia. Se oyó un grito.

Keith alcanzó a divisar la figura blanca de Susan, que se tapaba apresuradamente su desnudez con una manta. Phil enrojeció levemente y se detuvo, pero luego siguió adelante.

—No es hora de preocuparse por eso —dijo—. Hay cosas más importantes.

El doctor Detchz miraba a Phil con asombro.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¡Exijo una explicación!

Phil se lanzó hacia él y lo tomó de un brazo. Arrastrándolo hacia la puerta, te espetó:

—¡Ya llegará el momento de las explicaciones!

Se volvió hacia Keith.

—Keith —dijo—, quédate con Susan. Yo llevaré al doctor a un sitio del que no pueda salir.

Aún se oían las airadas protestas del médico desde el pasillo cuando Keith se aproximó a Susan, que estaba sumamente agitada. Ella se arregló la manta a su alrededor.

—¡Esto es un atropello! —gritó—. ¡Detchz es un médico, pero ustedes... ustedes...!

—¡Por favor, Susan! —dijo Keith—. Déjeme explicarle. Nosotros...

—¡Ustedes, nada! ¡Y váyase de aquí, señor Farmer!

—¡Pero...!

—¡Fuera!

Prácticamente a los golpes, Susan hizo salir a Keith de la habitación, y cerró la puerta tras él. Keith, impotente, quedó inmóvil frente a la puerta. Luego se encogió de hombros.

—¡Mujeres!

Dos minutos después, Susan salió del consultorio, ya vestida. Sin siquiera echarle

una mirada se dirigió hacia un extremo del pasillo, y desapareció tras una puerta.
Keith, con esfuerzo, logró sonreír.

V

La pequeña celda estaba iluminada por una tenue bombilla eléctrica ubicada en el centro del techo. El doctor Detchz parecía haberse calmado. Phil le dirigió una mirada de pena. En realidad la culpa no era suya. Ciertos instintos aparecen en algunos hombres con más fuerza que en otros. Y algunos capaces de anular el efecto de toda una educación. El doctor Detchz era víctima de sí mismo. El doctor le devolvió la mirada.

—Capitán —dijo. Su voz sonaba tranquila—. Ha cometido una injusticia. ¿Qué ocurrió?

—¿No se lo imagina? —interrogó Phil—. He consultado al computador de la nave, luego de lo que usted me dijo.

El doctor sonrió. Era una sonrisa amarga.

—Comprendo, comprendo —dijo, moviendo la cabeza negativamente—. Lo mismo de siempre. ¡Aquel día ha marcado en mi vida una huella indeleble! —hundió la cabeza entre sus manos—. ¿Jamás me perdonarán?

—El Gobierno lo había perdonado —dijo Phil—. Y así hubiera seguido todo a no ser por su actitud.

—¿Qué actitud?

—La que adoptó con la doctora Blaze.

—¡Usted insinúa que...!

—Sus intenciones para con la doctora no pueden llamarse precisamente honestas...

—Veo que no me ha creído nada de lo que le dije anoche.

—En realidad, no. Nadie le hubiera creído. Era sólo la excusa que necesitaba para encontrarse a solas con la doctora. Una extraña excusa, pero excusa al fin.

El doctor no pudo evitar una carcajada.

—Perdóneme, capitán, pero ha actuado usted como un tonto.

—No lo creo.

—Ya lo verá. Los acontecimientos se lo demostrarán, tarde o temprano.

Phil lo observó. No acababa de comprender a aquel hombre. ¿Era posible que se engañara a sí mismo? ¿Era posible que aquella cosa absurda acerca de Susan fuese una invención de su subconsciente, que buscaba la manera de tener a la chica a su merced? ¿Era posible que Detchz creyera realmente en lo que decía?

¿O acaso era un actor consumado, y a la vez tan idiota como para seguir con la farsa después de que los telones hubiesen caído?

—Voy a pedirle un favor, capitán —dijo Detchz—. Váyase. Y no vuelva hasta haber cambiado de idea sobre mí.

Phil salió sin despedirse.

Pasaron dos días antes que Phil o Keith pudieran volver a hablar con Susan. La chica parecía realmente ofendida... o al menos así quería aparentarlo. Y lo logró bastante bien. Por de pronto, cada vez que se cruzaba con uno de ellos en un pasillo de la nave, alzaba la barbilla y pasaba de largo sin saludarle. Una vez que Phil fue hasta su laboratorio y golpeó la puerta, ella, al ver quién era, la cerró violentamente en sus narices.

Durante esos dos días, el viaje prosiguió sin novedad. Keith, al mando de uno o dos hombres por turno, controlaba que el curso no se apartara de lo programado. En su diario de a bordo, Phil escribió:

«He ordenado el arresto del doctor Joseph Detchz por actitud sospechosa. En una nave espacial no es posible correr riesgos. Una sospecha es prueba suficiente para encarcelar a un hombre. De otro modo, la nave se transformaría en un caos, imposible de controlar.»

«Estuve pensando en trasladar al doctor Detchz de la celda para mantenerle en su cabina, custodiado por un guardia permanente. Mañana daré la orden correspondiente.»

«No acusaré al doctor a nuestro regreso a la Tierra. No creo que sea culpable conscientemente de su comportamiento. Si así fuera, su excusa para hallarse a solas con la doctora Blaze habría sido más creíble. Así y todo, aún falta tomar declaración a la doctora. Quizá su narración de los hechos modifique mi opinión sustancialmente.»

«Esperemos lo mejor. No quisiera tener a ese hombre encerrado hasta nuestro regreso.»

Phil ordenó que le llevaran a Detchz libros, cigarrillos y demás utensilios que pudiesen hacer más llevadero su encarcelamiento. No deseaba torturar a un hombre inteligente con la soledad y el aburrimiento. No volvió a visitarlo, pero periódicamente Keith lo hacía, procurando ayudarlo, tal como Phil le había pedido.

—¡No hay derecho! —decía Keith—. ¡Verme reducido de navegante a visitador social!

Pero ambos reían. De todos modos, Keith cumplía la tarea encomendada por Phil a regañadientes, dado que él estaba más convencido que el capitán de la culpabilidad de Detchz.

—Sí —decía Keith—, quizá se trate realmente de un maníaco. Pero ese asunto de la falta de respiración de Susan Blaze fue tal vez lo mejor que se le ocurrió...

—Ya veremos —era la respuesta de Phil—, ya veremos.

Phil no quería que la tripulación se enterase del verdadero motivo del encarcelamiento de Detchz. Por un lado, deseaba no causar mayores daños al ya perjudicado doctor. Por el otro, prefería no atraer la atención sobre la belleza y juventud de Susan... Nunca se podía confiar demasiado en los hombres.

Informó entonces a la tripulación que el doctor había sufrido una crisis de nervios sumamente peligrosa, debido a su falta de costumbre en cuanto a viajes espaciales. Claustrofobia, todas esas cosas. Para la seguridad de la nave, había decidido encerrarlo, hasta tanto se tranquilizase. Y ahora que el doctor estaba mejor, sería trasladado a su propia cabina, donde podría descansar y recuperarse con mayor prontitud.

La tripulación pareció creerlo, o al menos no hubo ningún comentario desfavorable que llegase a oídos del capitán.

Keith había jurado ya no decir una sola palabra al respecto. El único problema pendiente era el de Susan. Ella sí podría hablar... Pero Phil confiaba en haber llegado al consultorio a tiempo, antes de que el doctor intentase nada. En caso contrario... Bien, quizá la chica no hablase. Después de todo, era su propia integridad física la que estaba en juego.

Al segundo día de prisión de Detchz, Phil se dirigió hacia el comedor, para tomar su almuerzo, y allí encontró a Susan. Ella pareció ignorarlo hasta que terminaron de comer. Entonces Phil sorprendió una mirada furtiva de la chica. Algo en su interior le dijo que quizá fuera posible hablar con ella.

Phil se incorporó para dirigirse al mostrador a buscar su postre, una especie de pasta de frutas surtidas. A su regreso aprovechó la oportunidad para sentarse justo frente a Susan, en un extremo de la larga mesa. El resto de los comensales se retiraba ya a sus puestos de trabajo. Phil comió el postre lentamente, esperando que la chica no se fuese hasta tanto la habitación quedase vacía y pudiera hablar. Ella había terminado ya de comer, pero parecía no tener intención de retirarse. Su expresión era inescrutable.

Su largo cabello rubio estaba peinado hacia atrás, y recogido en un moño en forma de ocho. Phil deseó verla peinada de un modo menos formal, con largos rizos que cayeran sobre su rostro...

Debía evitar aquello. Apenas la conocía, y ya sentía como si...

La chica alzó sus ojos y lo miró. El último de los tripulantes se había retirado ya. Ella habló en un susurro.

—¿Qué quiere decirme, capitán? —preguntó.

Phil dudó un segundo. No esperaba una interpelación directa por parte de ella.

—Bien, yo... —dijo—, yo quería pedirle disculpas, también en nombre de Keith, y explicarle algo.

—¿Qué me quiere explicar? Ya he oído la excusa que usted y Keith dieron a la tripulación. El doctor Detchz no sufre de ninguna...

Con extrañeza, Phil descubrió que una sonrisa se formaba en los labios de ella. Ella notó su sorpresa, y dejó de sonreír.

—Quiero que sepa —comentó Phil— que si entramos tan abruptamente en el

consultorio del doctor Detchz fue por su propio bien.

—¿Por mi bien? ¿Verme desnuda, fue por mi propio bien?

—Espere, espere. Si no me permite explicarme...

—Soy toda oídos.

Phil le contó entonces todo lo ocurrido con el doctor Detchz, incluida la absurda historia que éste le había narrado en su cabina. Lejos de parecer asustada, o al menos asombrada, Susan echó a reír con más fuerza aún.

—Bien —dijo finalmente—, ¡quizá fuera cierto que yo no respiraba!

—¿Cómo dice?

—Fue una broma, tonto. Me parece que todos ustedes están un poco tocados —se señaló la sien—. Empezando por el doctor, y terminando por ti, Phil.

Phil se asombró de que la chica lo hubiera tuteado, pero ahora no podía detenerse en ello.

—¿Yo? —preguntó.

—Sí, tú también. Para empezar, el doctor se mostró conmigo como el más amable de los hombres. Jamás hubiera creído que se trataba de un... lo que ya sabes. ¡Con decirte que cuando me desnudé miraba hacia otro lado!

Rio. Phil no pudo evitar el verse contagiado por la risa cantarina de Susan. ¡Además parecía tan desprejuiciada, tan desinhibida!

—¿Te lo imaginas? —dijo ella—. ¡Detchz intentando...! ¡Por favor!

—Quizá tengas razón —admitió Phil, utilizando el tuteo como algo normal—. Pero creo que de todos modos hicimos bien en acudir a su consultorio en cuanto supimos de su pasado.

—Ahora ya no importa —replicó ella, con un gesto que indicaba que estaba dispuesta a olvidarse de lo sucedido. Phil se rascó la cabeza, como queriendo decir algo y sin saber de qué modo hacerlo.

—Sue —comenzó—, hay algo que no comprendo. Si te lo tomas todo de esta forma, ¿cómo es posible...?

—¿Cómo es posible que me haya mostrado tan ofendida contigo y con Keith a lo largo de estos dos días? —concluyó ella—. Pues bien, ¿jamás vas a comprender a las mujeres?

—¿Qué quieres decir?

—Que tenía que hacerlo. ¡Debía mostrarme ofendida, para que ustedes me diesen más valor! Además, quería ver qué eras capaz de hacer para reconquistar mi amistad.

Phil no pudo menos que sonreír. Había caído en la trampa.

—¿Lo has descubierto ahora? —preguntó, finalmente.

—Creo que sí. Y también creo que te estás enamorando un poco de mí.

Phil la miró. Ella estaba seria ahora.

—Tal vez —dijo.

Iba a continuar, pero en ese momento algo lo detuvo.
Un horrible grito se dejó oír desde la cocina.

VI

De un salto, Phil se halló frente a la puerta de la cocina. Probó el picaporte: estaba abierto. Entró, y se topó con un cuerpo humano, caído sobre el suelo en una posición extraña.

Con asombro, Phil notó que la pierna derecha de aquel hombre estaba completamente cercenada. Era la falta de esa pierna lo que le había hecho creer que la posición del cuerpo era extraña.

El hombre era el cocinero de a bordo, y estaba muerto. Grandes regueros de sangre lo rodeaban por todas partes, y gruesas gotas rojas tapizaban las paredes.

—¿Qué ocurre? —oyó Phil que gritaban a sus espaldas, mientras se inclinaba sobre el cadáver—. ¡Ah, estás aquí, Phil!

Phil volvió la cabeza, y vio a Keith, que en ese momento entraba a la cocina. A un lado de la puerta estaba Susan, inmóvil. Keith miró a Susan con una expresión extraña pintada en su rostro. Pero antes que Phil pudiera decidir qué significaba esa expresión, Keith vio el cadáver y se inclinó a un lado, junto al capitán.

—¿Qué pasó, Phil? —preguntó.

—No lo sé —respondió Phil—. Estaba en el comedor, hablando con Susan, cuando oímos el grito. Me precipité aquí adentro, y hallé el cadáver... —miró en torno suyo—. Creo que ésta fue el arma.

Señaló un enorme cuchillo de carnicero, que descansaba en la mano izquierda del hombre muerto.

—¿Se ha suicidado? —preguntó Keith, con incredulidad.

Phil se encogió de hombros.

—Eso parece. Aquí no había nadie más que él. La única salida es esa puerta por la que entramos nosotros, y por allí no huyó nadie. De eso estoy seguro. Pero...

—¿Sí?

—¿No crees que es una extraña manera de suicidarse? ¡Cortarse una pierna!

—Realmente no comprendo —murmuró Keith—. Por otra parte, ¿cómo murió tan pronto? Tú dices que oíste el grito y llegaste aquí inmediatamente. ¿Es posible que ya estuviera muerto?

—Suena increíble, pero así es.

—Bueno, veamos qué opina el médico.

Una voz sonó a sus espaldas.

—No olviden —dijo Susan—, que ustedes tienen al médico encerrado.

Phil se volvió hacia ella con una expresión reprobatoria.

¡Había un hombre muerto, y ella se preocupaba en lanzar indirectas!

El doctor Detchz fue puesto en libertad.

Una vez realizada la autopsia, el resultado fue que el único motivo de la muerte se

reducía a la pierna cortada. El cocinero, cuyo nombre era Doug Hartman, no padecía de ninguna enfermedad de importancia.

El médico estuvo de acuerdo con la opinión de Keith. Aquel hombre no podía haber muerto tan repentinamente.

—Si no fuera porque Susan estaba presente —dijo luego Keith a Phil, cuando se hallaron a solas—, te encontrarías en una posición sumamente sospechosa.

—¿Eso crees? —preguntó Phil.

—No por mí —dijo Keith—. Pero piensa en lo que dirían los tripulantes: la explicación del capitán no coincide con lo que la ciencia afirma. El capitán, por lo tanto, debe estar ocultando algo.

—Pero tú sabes que no es así.

—Claro que lo sé. Además estaba Susan presente.

Keith pareció pensar unos momentos.

—¿Sabes? —dijo entonces—. Vi algo muy extraño en Susan, cuando llegué al lugar del incidente. Ya sabes cómo reaccionan las mujeres por lo general a esos espectáculos. Gritos, desmayos, mareos, crisis de nervios, todas esas cosas. Bien, Susan no sufrió nada de ello.

—Quizá su formación científica la haya acostumbrado a ver...

—De acuerdo. Pero Susan no sólo no acusó ninguno de esos efectos, sino que además...

—¿Sí?

—Cuando yo llegué, la sorprendí sonriendo.

Se miraron. Phil no cabía en sí de asombro.

Poco después de la autopsia, se celebró el funeral. Phil pronunció unas pocas palabras, y finalmente el cuerpo fue, arrojado al espacio a través de la cámara descompresora. Todo había terminado.

Más tarde, Phil explicó al doctor Detchz que no debía decir a nadie el verdadero motivo de su encarcelamiento, y le narró también la versión del mismo conocida por la tripulación.

—No hacía falta su advertencia, capitán —respondió el doctor—. Crea que soy el menos interesado en que mi pasado sea conocido por los demás. Ya bastantes problemas me ha traído. Le agradezco que haya difundido una versión diferente de la verdadera... Aunque de todos modos no es nada halagüeño decir que he sufrido una crisis nerviosa.

—Fue lo mejor que se me ocurrió —dijo Phil.

—Comprendo. Bien, actuaré como si ello fuera cierto.

El doctor pareció deprimido. No era para menos, se dijo Phil. En su interior Phil no podía evitar el sentir un poco de culpa. Pero había hecho lo más lógico. Aunque a veces la lógica llevara a callejones sin salida...

—Bien, capitán —dijo Detchz—, me retiro. Tengo trabajo que hacer.

—Doctor —dijo Phil—. Quisiera antes hacerle una pregunta... si me lo permite.

—Por supuesto.

—Se trata de una cuestión muy personal.

—De acuerdo.

—Bien. No me responda si no lo desea. ¿Por qué lo hizo?

—¿Qué cosa?

—Aquello... Lo de su juventud.

—Ah, eso. Bueno... —pareció dudar—. Se lo diré. Usted sabe cómo es la vida en los barrios bajos de New York. La promiscuidad, la pobreza, todas esas cosas. Yo vivía allí, en uno de esos edificios antiguos que se alquilan por piezas, y que se caen a pedazos.

»Viví allí durante varios años. Los primeros veinte años de mi vida. Estaba con un grupo de amigos... Un grupo de matones, debería decir, que si se dedicaba a realizar pequeños asaltos callejeros, y a pelearse con otros matones de la vecindad. No había otro remedio. La cosa era matar o morir... sin llegar a tanto, por supuesto. O yo hacía lo que los demás hacían, o me iba de la ciudad. Y esto último, en mi situación, era imposible.

»Hasta que un día hubo una apuesta. Una apuesta entre las muchas que se hacían a diario. Uno de mis amigos, y no sé cómo puedo llamarlo amigo, dijo que yo era incapaz de tocar a una mujer. Me descontrolé. Le pregunté qué apostaba. Él dijo que tenía veinte dólares, escondidos en un cajón de su casa. Yo le creí. Y además ya era tarde para volverse atrás.

»No se trataba de ir a un café y pagarle a una mujer de mal vivir. Debía ser alguna chica que anduviese por la calle. Yo no quería hacerlo, créamelo, pero los demás me empujaron, me alentaron... Y cuando la vi, ya la sangre ardía en mi interior. Los otros gritaban, pataleaban. Ella quiso escapar a la carrera, pero la alcanzamos.

»Lo demás ya lo sabe.

El doctor parecía muy turbado. Phil quería pedirle disculpas, por el atrevimiento de hacerle semejante pregunta, pero el doctor parecía querer seguir hablando.

—Luego —dijo—, llegó la policía. Los otros me vendieron, claro está, como ocurre siempre. Cumplí la pena. Y un día me enteré de que tenía un pariente rico. Un pariente lejano, o al menos eso me dijeron. Ni siquiera estoy seguro de que se tratara de un pariente en realidad.

»Pero el hecho es que me sacó de la cárcel y me llevó a su casa.

»Yo nunca había visto una casa así. Grandes salones, escalinatas... Tío Finn, así quería que le llamase, me educó en las costumbres de la alta sociedad.

»Estudié, estudié mucho. Estudié más de lo que habían estudiado todos mis viejos camaradas juntos. Finalmente, el doctorado. Yo no podía creerlo, pero para entonces

era otra persona. Había adquirido una personalidad propia, con mi fuerza de voluntad y la ayuda desinteresada de tío Finn.

»Era imposible reconocer en mí al adolescente sucio y mal vestido que había cometido tales atrocidades... Era como si hubiera vuelto a nacer.

»Sin embargo, había gente que conocía mi historia. Gente que no me la perdonaría nunca.

»Cuando comprendí esto, comprendí también que sólo me quedaba un camino. Debía demostrar que había cambiado. Debía demostrar que jamás retornaría a aquello... aquello que usted ya sabe.

»Huí. Huí lejos, al África, a curar las enfermedades de los salvajes. Luego más lejos aún, a Marte, a curar a los mineros.

»Sufrió bastante, pero no lo suficientemente como para expurgar mi culpa. Lo ocurrido con usted y la doctora Blaze lo ha demostrado.

Permanecieron unos minutos en silencio. Finalmente Phil habló.

—Debo pensarlo —dijo—. Quizá me haya equivocado de medio a medio con usted.

—Le puedo asegurar que es así —replicó el doctor.

Había algo de orgullo en su voz. No era para menos. Había logrado superar su pasado, había logrado...

—Pero aún no comprendo una cosa —dijo Phil—. ¿Qué fin perseguía usted con esa burda invención sobre la doctora Blaze?

Detchz pareció asombrado.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Aún no comprende?

—¿Qué debo comprender?

—¡Lo que yo dije era completamente cierto! Y si no fuera porque usted y el navegante irrumpieron violentamente en mi consultorio, hubiese logrado llegar a alguna conclusión.

—¿Por qué lo dice? ¿Está seguro de ello?

—¡Por supuesto! Para que lo sepa, desde el primer momento observé...

—¿Qué cosa?

—¡No lo va a creer!

—Dígalo, de todos modos.

—Bien. La doctora Blaze carece de ombligo.

Phil sintió cómo la risa trepaba por su garganta. Luchó por combatirla. No era justo, ni razonable, reírse de ese hombre.

—Veremos —atinó a decir—, veremos.

El doctor lo miró. En sus ojos afluía el rencor.

—¡Usted jamás me creerá! ¡Pero el día en que le demuestre que tengo toda la razón...!

Se fue, dando un portazo.

VII

Phil se quedó mirando la puerta.

—Jamás terminaré de comprender esto —se dijo, y se sentó frente a su escritorio.

El trabajo estaba un poco atrasado, con los rompederos de cabeza en que se estaba transformando lo que al principio parecía ser una expedición común.

Intentó abocarse a su tarea, pero su mente estaba en otra parte, y no lograba concentrarse.

—¡Qué idea descabellada! —se decía—. Si yo he visto a la doctora Blaze, cuando irrumpí en el consultorio, y sé que ella tiene ombligo. Aunque... —dudó, quizá... ¿cómo puedo estar seguro? Apenas si fue un golpe de vista, y no podría afirmar haberme fijado en ese detalle... Tal vez... Dio un golpe sobre la mesa.

—¡Me estoy volviendo loco! ¡Lo único que faltaba! Hace sólo dos horas fue lo del cocinero, que murió, o al menos eso creyó, antes de lo que debía... Y ahora estoy prestando atención a los delirios de un viejo chiflado. ¿Qué vendrá después de esto?

En ese momento se oyeron golpes en la puerta. Phil reaccionó. Recobró su compostura, y dijo:

—¡Pase!

La puerta se abrió, y apareció la cabeza del teniente Miller, que se atusaba el bigote.

—Permiso, capitán —dijo.

—Adelante, teniente —respondió Phil.

El teniente entró a la habitación y tomó asiento en la cama. Esto parecía ya una costumbre entre los invitados de Phil. A Phil le chocó que el teniente no esperara su permiso para sentarse, pero prefirió no decir nada.

No podía estar preocupándose por cada minúsculo detalle que estuviera ligeramente fuera de lo corriente... al menos en esta misión, en la que todo era absurdo.

—¿A qué debo su visita, teniente? —preguntó.

—Capitán —respondió el teniente—, quisiera formularle una opinión personal sobre la marcha de la misión encomendada por el Alto Mando de la Flota.

—¿De qué se trata, Miller?

—Verá... Es difícil de explicar. Creo que las cosas no marchan bien. O al menos no como debieran.

—¿Por qué lo dice?

—Porque hay algo que falla. Y ese algo es usted, capitán.

Phil dio un respingo.

—¿Cómo se atreve...?

—¡Cállese! —exclamó el teniente, incorporándose—. ¡Usted está completamente

loco!

—¡Teniente Miller! —exclamó Phil, incorporándose también—. ¡Discúlpese inmediatamente, o...!

Fue interrumpido por el puño cerrado de Miller, que le dio justo en la mandíbula, haciendo que su cabeza rebotase hacia atrás.

Viendo que sus palabras estaban de más, Phil se puso en guardia. Alzó los puños, más dispuesto a defenderse que a atacar, esperando la siguiente acción del otro.

El teniente se abalanzó ciegamente sobre él, y se trenzaron en tremenda lucha. Los golpes menudeaban, pero ninguno llevaba la fuerza suficiente como para tumbar al contrincante.

Finalmente, el teniente se separó a una distancia de dos pasos y tomó en sus manos la pesada lámpara metálica que había sobre el respaldo de la cama del capitán. La escena permaneció estática durante unos segundos. Phil, aguardando en tensión el ataque del otro, a corta distancia de la puerta. Miller, aún a un costado de la cama, buscando la mejor manera de atacar.

El golpe llegó. Miller enarboló la lámpara sobre su cabeza, y con ciega furia la lanzó contra el capitán.

O, mejor dicho, intentó lanzarla, pues en el momento en que sus brazos se alzaban a lo alto, momento que sólo duró una décima de segundo, Phil vio la oportunidad y la punta de su pie izquierdo se clavó en el bajo vientre de su contrincante.

Miller se dobló sobre sí mismo. La lámpara cayó a su lado, y la bombita eléctrica estalló en miles de trozos casi invisibles. Phil se acercó al teniente, no intentando causarle mayor daño, sino más bien ayudarle a soportar el dolor. Pero el teniente, con un último resto de fuerza, envió con violencia sus dos puños hacia la mandíbula de Phil. Este logró esquivar el golpe, y cuando los puños pasaban por su lado propinó un fuerte golpe con el canto de su mano en la nuca del teniente.

Este se desmoronó sobre el piso, inconsciente.

Phil lo miró por un instante, sacudió la cabeza, se secó el sudor de la frente y se dirigió hacia el intercomunicador. La habitación había quedado prácticamente derruida por la pelea. Los papeles, acumulados sobre el escritorio, habían volado en todas direcciones y habían sido pisoteados, al igual que las lapiceras y el libro de diario de a bordo.

Phil oprimió un botón del intercomunicador, y dijo:

—Capitán a guardia. Envíen un hombre a mi cabina. Repito. Envíen un hombre a mi cabina.

—Entendido, capitán —fue la respuesta.

Phil dio media vuelta, palpándose la mandíbula, y quedó mudo de asombro.

El cuerpo del teniente ya no estaba allí. Había desaparecido.

Phil no había tenido siquiera tiempo de preguntarse el por qué de la actitud

extraña de Miller... y ahora tampoco se lo preguntaba.

El otro misterio era aún mayor. No sólo el teniente le decía que estaba loco, sino que lo obligaba a pelear, y luego simplemente desaparecía. Esto era lo peor de todo. ¿Estaría enloqueciendo realmente?

Golpearon a la puerta. Phil abrió.

—Permiso, capitán —dijo el hombre uniformado—. Usted llamó a un hombre de seguridad, ¿no es cierto?

Su mirada se vio atraída de pronto por el desorden reinante en la cabina de Phil.

—Bien, yo... —Phil dudó. Había notado la mirada inquisitiva del tripulante—. Ya no lo necesito. Puede retirarse.

—Bien... Bien, capitán —dijo el otro, y se marchó, haciendo un esfuerzo para no volver la cabeza.

Phil iba a cerrar la puerta y poner un poco de orden en su cabina cuando vio que por el pasillo se acercaba Susan.

La chica notó su expresión conturbada.

—¿Qué ocurre, Phil? —preguntó.

—Entra, por favor —dijo Phil. Cuando la chica estuvo en el interior de la habitación, cerró la puerta—. Siéntate.

La chica se sentó, y Phil hizo lo mismo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó ella, con asombro pintado en su rostro.

—Ha habido una pequeña batalla doméstica —respondió el capitán. Intentó sonreír—. Nada serio...

—No te creo. ¿Por qué no me cuentas?

Phil dudó. ¿Debía confesarle a la doctora sus temores, su locura? ¿Por qué no? Después de todo, ¿por qué no confiar en la chica?

Le contó todo. Incluso la incomprensible desaparición del teniente.

—Ya sé que suena a fantasía —concluyó—, pero este desorden es una prueba de lo que digo.

La chica rio.

—Me parece que estás trabajando demasiado —dijo—. Y preocupándote más de lo necesario.

—¿Eso crees? —Phil se sintió incómodo.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—El teniente Miller ha estado todo este tiempo en el comedor de la nave, atusándose sus bigotes, y disfrutando de sus horas de descanso en compañía de uno de sus hombres, con el cual está jugando a las cartas.

Phil dio un respingo, frunciendo el entrecejo.

—¿Estás segura?

—Completamente. ¿Dudas acaso de mí?

—¡Entonces esto es un manicomio! —exclamó Phil. Susan se incorporó y se aproximó a él. Con gran suavidad, apoyó una mano tibia en su rostro. Los dedos eran suaves y blancos. De pronto, se sentó en sus rodillas.

El aliento de ella era dulce y límpido. Su sonrisa mostraba unos dientes pequeños y blancos. Phil se sintió arrastrado a otro mundo, como si sus sentidos se hubieran metamorfoseado.

Nada importaba. Ella estaba allí y se sentía bien con él. Él la amaba, la amaba profundamente.

Todo estaba bien... La nave... ¿Qué importaba la nave? ¿Qué importaba la Flota, la Tierra entera?

Se oyó un súbito ruido. El picaporte de la puerta giró y ésta se abrió de pronto.

Entró Keith Farmer.

—¡Oh, perdón! —exclamó Keith, al ver a la chica besando a Phil. Hizo ademán de irse.

Phil reaccionó de pronto. Volvió a la normalidad. Con suavidad desprendió a la chica de su cuerpo.

—Entra, Keith —dijo—. Perdónanos.

—No hay nada que perdonar —replicó Keith—. Cada uno...

Pero había excesiva seriedad en él. Susan se incorporó.

—Creo... —dijo—, creo que debo irme.

—Quédate, Susan —dijo Phil—, no te vayas.

—Sí, me voy.

Salió, cerrando la puerta tras de sí.

Keith contempló el desorden que reinaba en la cabina, con una extraña mirada se sentó en el lecho de Phil. Finalmente se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta y extrajo un pequeño papel escrito.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Phil.

—Es la respuesta del computador a una pregunta que le he hecho —dijo Keith.

—¿Qué pregunta?

—Estoy intentando investigar sobre la extraña muerte de ese hombre, Hartman, el cocinero. Le pregunté al computador si tenía algún antecedente, como intento de suicidio o lo que fuese.

—¿Y cuál fue la respuesta?

—Léela tú.

Phil tomó el papel que le entregó su amigo, y lo leyó en voz alta.

—Hartman, Douglas, suboficial cocinero. Carece por completo de antecedentes suicidas. Casado con Mary Ann Gyuman, tres hijos. Se desconocen problemas familiares. Su esposa recibió recientemente una herencia. La familia Hartman no

sufre problemas económicos de ninguna índole.

Phil devolvió el papel a Keith.

—No comprendo —dijo—. ¿Por qué se habrá suicidado?

—¿Estás seguro de que fue un suicidio? —preguntó Keith.

—Pero... —dijo Phil, extrañado—, en la habitación no había nadie y la única salida...

—¿Son esas pruebas suficientes? —preguntó Keith.

—Considero que sí.

—Pues para mí no lo son.

—¿Qué solución propones, entonces?

—Aún no lo sé. Pero quizá nos estemos enfrentando a algo parecido a esos «crímenes perfectos» de que se habla en las novelas policiales.

—¿Eso crees? —preguntó Phil—. Yo diría que...

—Que esos crímenes son pura fantasía. Bien, te asombrarías si conocieses algunos de los crímenes que realmente se cometieron allá en la Tierra. Ese fue un tema que siempre me interesó y he investigado algo en los anales de la policía.

—Comprendo. Pero en ese caso aún quedaría por explicar la rápida muerte de ese hombre.

—Debo admitir que no tengo explicación posible para ello... A menos que tú estuvieras mintiendo.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Para proteger a Susan, quizá...

—¿Estás insinuando...?

—Sólo fue una broma. Como te vi recién con ella, tan...

—¿Qué vas a decir?

—Nada, nada. Perdóname.

Keith se incorporó y se dirigió hacia la puerta.

—Te veré luego, Phil.

—No, espera —dijo Phil, extendiendo un brazo para tomar a Keith—. Tengo que hablar contigo.

—¿Qué sucede?

—Suceden cosas extrañas —comenzó Phil—. Cosas absurdas, que escapan a toda lógica.^[1]

Le contó entonces a Keith lo ocurrido con el teniente Miller y lo dicho por Detchz sobre la falta de ombligo de Susan.

—Como ves —agregó—, nada de ello tiene sentido. Lo de Miller podría ser explicado sólo como una alucinación mía. Pero ¿crees tú que una alucinación podría provocar todo esto? —indicó el desastre en que se había transformado la cabina—. Por otra parte, el doctor Detchz... El computador no dice en absoluto que esté loco. Y

sin embargo sus afirmaciones son las que haría un demente. A menos que él esté viendo cosas que nosotros no podemos ver —se detuvo—. O, lo que es más posible, que él también sufra alucinaciones, si a lo que me ocurre a mí puede llamársele así. Pero queda también el asunto de Hartman... Y no olvides que tú también lo viste muerto, muy poco después de haberse cercenado la pierna... Y Susan también lo vio.

Keith asintió.

—Hasta hace un minuto yo creía que me estaba volviendo loco. Pero has llegado tú y me has hecho recapacitar. Te vi seguro de ti mismo. Te vi reprobando mi actitud con Susan. Y todo ello me ayudó a cambiar de opinión.

»Ahora creo que alguien, o algo, trata de convencerme de que estoy loco. Ya sé que suena muy extraño, pero en medio de todos estos misterios, ¿qué diferencia puede haber si agregamos uno más? No me resulta muy difícil creer, en estas circunstancias, que de alguna forma, están penetrando en mi mente para confundirme.

»¿Con qué motivo? Pues para entorpecer mi trabajo y por lo tanto echar por tierra con la misión entera, pues yo soy quien la dirige.

Keith pareció pensarlo.

—Quizá tengas razón —dijo finalmente—. ¿Quién o qué crees que pueda ser?

—Sólo se me ocurre una respuesta: los Bemitas.

Keith lo miró fijamente, asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué no? —dijo—. Hasta ahora nos hemos olvidado completamente de ellos, no los hemos tenido en cuenta para nada.

—Así es, —replicó Phil— y eso fue un error. No hay que olvidar que desde el primer momento que aparecieron, su actitud fue siempre muy extraña, e imprevisible. Aún no sabemos cómo funcionan sus naves. Aún no sabemos por qué no atacaron jamás a la Tierra ni ninguna de las importantes colonias que tenemos en diferentes planetas...

—Ni siquiera conocemos su apariencia y menos aún su tecnología... lo que quizá sea todavía más importante —agregó Keith.

—Tú lo has dicho —dijo Phil—. Pero si se trata de ellos, será aún más difícil luchar contra los obstáculos que se nos presentan. No te olvides que han demostrado poseer conocimientos técnicos muy superiores. Aunque tal vez...

—¿Tal vez?

—Nada, nada. Fue una idea pasajera. Algo que se me ocurrió, pero no creo que...

—Dímelo.

—No. Lo seguiré pensando. Cuando tenga alguna teoría más o menos válida te lo diré. Por ahora dejémoslo así.

Phil calló unos segundos.

—Quisiera explicarte lo de Susan —dijo finalmente.

—No es necesario —respondió Keith—. No me debes ningún tipo de explicación.

—Creo que sí. Siempre hemos sido amigos, y la amistad resulta de la confianza, de otro modo se pierde. Y temo perder la tuya.

—¿Por qué lo dices?

—Siento como si Susan estuviese intentando separarnos. Como si tuviera celos de ti...

—¿De mí?

—Me ama... —dudó—. Eso creo. No lo dijo aún, pero quizá no sea necesario que lo diga. Yo la amo...

La última palabra quedó suspendida en el aire, extrañamente. Phil sintió un vacío en su interior.

—¿Por qué dije eso? —se preguntó. Debió haberlo dicho en voz alta, pues Keith preguntó:

—¿De qué hablas?

—De nada —respondió Phil—. Bah, hablaba de Susan. Dije que la amo... y no sé por qué. No siento como si la amase. Quiero que sepas que no fui yo quien provocó esa escena que viste hace unos momentos. Fue ella. Ella se aproximó a mi y... Es muy extraño.

—¿Qué es lo extraño? Hoy en día las mujeres...

—No. No es eso. Es muy extraño lo que siento. Es como si ella me estuviese forzando a amarla, aunque yo no lo quiera.

—¿Qué estás diciendo?

—No creo que comprendas. Ni siquiera yo termino de comprenderlo. Pero ella actúa como si esperase que yo la amara, como si necesariamente tuviese que ser así, y no hubiera otro remedio.

—¿Qué idea más idiota! —dijo finalmente—. ¿Recuerdas lo que yo siempre decía acerca de la imposibilidad casi absoluta de que un capitán del espacio pudiera casarse?

—Sí —respondió Keith—. Decías que las prolongadas ausencias de su hogar harían insostenible el matrimonio y que, por eso, jamás habías forjado planes serios con ninguna chica...

—Eso mismo. Y decía también que la única posibilidad quedaba en que mi esposa fuera alguien que pudiera acompañarme en mis misiones, o sea una científica, o un miembro femenino de la Flota.

—Sí, ahora recuerdo.

—Bien. Se me ha ocurrido que quizá Susan hubiera leído en mi mente esos pensamientos. Encaja perfectamente con su actitud. Pero es ridículo. Imagínate: si ella conociese esas ideas, creería firmemente que yo me enamoraría de la primer mujer que se me presentara a bordo de una nave...

Keith no perdió su expresión seria.

—¿Qué otra explicación le puedes dar a su actitud? —preguntó.

—¿No creerás que...?

—Yo no creo nada.

Keith dudó.

—Perdóname. Tengo que volver a la sala de mandos. Y no temas por nuestra amistad. Sólo ocurre que estamos todos un poco nerviosos.

Phil sonrió.

—De acuerdo —dijo.

Keith se despidió de él y abandonó la cabina.

VIII

Los días siguientes transcurrieron en una tensión creciente. En tanto Tierra II se hallaba cada vez más próximo, Phil iba y venía a lo largo de la nave, recibiendo noticias más y más extrañas, e incluso alarmantes.

Seguían ocurriendo cosas increíbles, inexplicables.

El cocinero reemplazante informaba de latas de comida que desaparecían misteriosamente.

En la sala de máquinas se hablaba de un tripulante que había tropezado con el aire, como si algo invisible se le hubiera interpuesto en el camino.

El computador, durante todo un día, no dio otra respuesta, a las preguntas que se le hacían, que una vieja canción infantil que hablaba de muñecos de trapo.

La tripulación se hallaba cada vez más nerviosa. Y no había modo de tranquilizarla. Phil recorría los puestos de trabajo una y otra vez, intentando dar palabras tranquilizadoras a los operarios, pero era inútil. Los rostros mostraban expresiones asustadas, inquietas.

Phil comenzó a temer un motín.

Cuando habían transcurrido veinte días desde el momento de la Partida, veinte interminables y tensos días, Phil se hallaba en su cabina contemplando por centésima vez las fotografías que mostraban la superficie de Tierra II. Repentinamente, sonó el intercomunicador, con su pequeña chicharra, y se oyó una voz.

—Habla el doctor Estrid Jalls —dijo la voz—. Capitán, ¿podría por favor honrar mi laboratorio con su presencia por unos minutos?

El capitán oprimió un botón.

—Bien, doctor —dijo—. Estaré allí en media hora.

—¿No podría ser un poco antes? —preguntó la voz del doctor—. Se trata de algo urgente...

—De acuerdo —dijo Phil.

Se incorporó y salió de su cabina.

Mientras recorría los conocidos pasillos hacia el laboratorio del doctor Jalls, pensó: ¿qué ocurrirá esta vez? ¿Qué nueva calamidad caerá sobre nosotros? El informe que debo elevar al Alto Mando ya está bastante recargado de cosas raras... No quisiera tener que agregar más aún. El doctor lo estaba esperando en la puerta de su laboratorio.

—¡Buenas tardes, capitán! —saludó, con su voz afable. Su larga melena estaba más despeinada que nunca, y sus ojeras indicaban que quizá no hubiera dormido en toda la noche.

—Buenas tardes —respondió Phil—. ¿Qué deseaba de mí?

—Pase, capitán, pase —el doctor acompañó al capitán al interior del laboratorio,

cerrando la puerta tras de sí—. Quisiera mostrarle ciertos datos de interés que muestran mis aparatos.

Jalls señaló un enorme mecanismo, que ocupaba una buena porción del laboratorio, cuya superficie estaba recubierta de innumerable cantidad de diales, botones y perillas de funcionamiento indescifrable.

—Este aparato ha sido inventado muy recientemente, en la Tierra. Modestamente he de decir que gran parte de su desarrollo se debió a mi trabajo personal. Su objetivo es, en pocas palabras, el de detectar vida consciente. Allí donde la haya, aunque no sea visible, este instrumento detecta su presencia. Algo muy interesante, ¿no cree? Por otra parte...

El capitán, temiendo un largo discurso científico acerca de las bondades del extraño artilugio, lo interrumpió:

—¿Y cuáles son esos datos de interés de que me hablaba?

El científico, visiblemente contrariado, respondió:

—¡Ejem! Ahora verá.

Dicho esto, oprimió un botón y el aparato se puso en funcionamiento. El científico señaló una aguja que se movía a través de una escala graduada.

—Esto indica —dijo— que a bordo de esta nave se halla la suma de veintiséis mentes conscientes.

—¡Pero esto es imposible! —exclamó el capitán—. Usted sabe que la tripulación está compuesta de veinticinco miembros.

—A eso me refería cuando le hablé de datos interesantes. Hay a bordo alguien que no debiera.

Phil frunció el entrecejo.

—¿Tiene alguna teoría acerca de quién o qué puede ser?

—Ninguna. Esta máquina no indica identidades, sino números. Lo único que puedo decirle es en qué sitio se encuentra cada una de esas personas.

—¿Puede hacerlo, realmente?

—Por supuesto —el doctor estudió los diversos cuadrantes que se ofrecían a su vista—. En la sala de máquinas hay tres hombres, otros tres en la sala de mandos. En el comedor hay cuatro personas, otra está en la cocina, otras dos en el consultorio del doctor Detchz. Esto hace un total parcial de trece. En el laboratorio de biología se detecta otra mente... la doctora, sin duda. Catorce. Aquí, en este laboratorio...

El doctor se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Phil.

—¡Esto no puede ser! —exclamó el doctor—. El indicador señala que aquí... ¡Hay tres personas!

Phil miró a su alrededor. A la vista sólo estaban Jalls y él mismo.

—¿Es posible que haya alguien oculto aquí adentro? —preguntó.

—No, no me cabe la menor duda que no.

—Entonces... —Phil se rascó la cabeza—. ¿Está seguro de que su aparato funciona bien?

—¡Claro que sí!

—¿Cómo explica que...? —se detuvo—. ¿Qué fue ese ruido?

El doctor también lo había oído. Se volvieron.

—¡Mis probetas! —exclamó Jalls.

De algún modo incomprensible las probetas que llenaban la mesa del laboratorio se estaban desplazando locamente de un lado a otro. Finalmente cayeron al suelo, haciéndose añicos.

Phil se abalanzó sobre la mesa... y chocó contra el aire.

—¡Hay alguien aquí! —exclamó—. ¡Alguien... invisible!

El doctor lanzó un grito y cayó inconsciente al piso. La puerta se abrió y entró Susan.

—Pasaba por aquí y oí gritos. ¿Qué ocurre?

Entonces vio al doctor Jalls, tendido en el piso y a Phil, forcejeando con el aire.

—¿Qué haces, Phil? —preguntó—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Hay... algo invisible aquí! —exclamó Phil.

—¿Dónde?

Susan avanzó hacia donde se hallaba el capitán. Repentinamente, éste sintió que aquello extraño con lo que estaba forcejeando se esfumaba de entre sus brazos.

—Aquí no hay nada, Phil —dijo Sue.

—Pero... —tartamudeó Phil—, ¡hasta hace un momento lo sentí entre mis brazos! ¡Y las probetas!

—¿Qué ocurre con las...? —Susan notó el piso cubierto de pequeños trozos de cristal—. ¿Quién las rompió?

—Se rompieron solas —Phil dudó—. Mejor dicho... ¡Bah! ¡Ya no comprendo nada!

—Ve a descansar un poco, Phil —dijo la chica—. Yo me encargaré del doctor Jalls.

Phil se negó. Oprimió un botón del intercomunicador, y le pidió a través del aparato al doctor Detchz que se presentara allí. El doctor llegó en pocos segundos, y casi inmediatamente logró revivir a Jalls. Éste se incorporó, aún tambaleándose.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. ¡Oh, mis probetas!

Se puso a lloriquear, como un niño.

—No logro entenderlo —dijo Phil—. Por más esfuerzos que hago, no lo entiendo...

Keith permaneció en silencio. A su alrededor, la cabina de Phil estaba nuevamente en orden. Ya no se veían rastros de la pelea que había tenido lugar allí.

—¿Crees —preguntó Phil— que todo esto tendrá alguna relación con el objetivo de nuestra misión?

—Sólo sé —respondió Keith— que ambas cosas tienen algo en común. Tierra II y lo que está pasando a bordo son cosas igualmente extrañas. Tengo la impresión de que todo esto se aclarará cuando lleguemos a ese condenado planeta e investiguemos un poco. ¿No piensas igual?

—Quisiera que así fuese —respondió Phil—. Pero tengo mis dudas... Lo que ya no dudo es que todo esto sea obra de los Bemitas. Ellos demostraron ser especialistas en apariciones y desapariciones misteriosas. ¿Por qué no suponer que de algún modo lograron infiltrarse a bordo?

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Keith—. Esto podría explicarlo todo.

—Keith —dijo Phil—, ¿cuánto tiempo falta aún para llegar a destino?

—Exactamente dos días —respondió Keith—. Dos días aún.

—Todo puede ocurrir en dos días... —dijo Phil. Se incorporó—. Bien, Keith, te veré luego. Quisiera que me dejaras solo unos momentos.

—Bien, Phil —dijo Keith, incorporándose a su vez—, como tú digas.

Keith se marchó. Phil aguardó unos instantes, y luego salió también de la habitación.

Se encaminó hacia la sala de mandos.

Keith se hallaba en sus horas de descanso, de modo que los mandos eran controlados sólo por dos tripulantes. Sin ser visto, Phil se dirigió hacia el rincón en el cual se hallaba el computador.

—Espero que me responda, y no se lance a jugar con canciones infantiles —pensó Phil.

La pregunta que iba a hacer le había estado rondando la mente por más de una hora, de modo que no dudó un instante en el momento de hacerla, a través del teclado. La respuesta llegó casi inmediatamente. Era una respuesta extensa, de modo que Phil se la guardó en un bolsillo sin leerla y regresó a su cabina.

Una vez allí, extrajo el papel. Con sumo cuidado lo leyó y volvió a leerlo.

—¡Eso es! —exclamó finalmente—. ¡Te he encontrado, Bemita! ¡Sólo falta saber cómo combatirte!

Con el papel en el bolsillo, se dirigió hacia el comedor, a tomar su cena.

Los dos últimos días de vuelo transcurrieron en una relativa normalidad. El cocinero siguió informando acerca de comida que desaparecía, el computador enloqueció una vez más para luego normalizarse (esta vez su única respuesta consistía en la tabla de multiplicar por tres), pero parecía como si ya todos se hubiesen habituado a esas cosas. Por otro lado, la cercanía de Tierra II hacía que todos centraran su atención en el objetivo de la misión.

El último día Phil se hallaba junto a Keith en la sala de mandos. El inmenso

ventanal de vidrio reforzado mostraba la superficie del planeta en su totalidad, a muy corta distancia, si tenemos en cuenta la enorme longitud del viaje que habían realizado.

—Las fotografías no mentían —dijo Phil—. Mira eso. ¡Es idéntico a la Tierra!

—Así es —respondió Keith—. Los mismos continentes, los mismos mares... ¡Si parece que estuviéramos regresando a casa!

—Pero no es así —dijo Phil—. No hay que olvidarlo. Ese planeta es hostil y encierra peligros que ni sospechamos.

—Sin embargo —replicó Keith—, confío en que todo saldrá bien.

—Tienes más razón de lo que crees —dijo Phil.

—¿Por qué lo dices?

—Luego te explicaré. He descubierto algo.

—¡Cuéntame!

—Luego, luego...

Keith no insistió. La experiencia le había indicado ya, que cuando Phil se mostraba tozudo con algo, tenía sus buenos motivos para ello.

De todos modos, no podía evitar que su afán por ver todos los problemas solucionados, le haría muy difícil esperar el momento en que su amigo estuviera dispuesto a revelar sus secretos.

Finalmente, la nave entró en órbita alrededor de Tierra II. Desde una distancia de apenas cien millas, los rasgos de la superficie eran mucho más notables, y se podían divisar con nitidez ríos y lagos. Sólo una cuarta parte de la superficie se hallaba cubierta de nubes que imposibilitaban la visión.

—Los controles están dispuestos para aterrizar a media distancia entre una ciudad muy semejante a Londres y el Laberinto que muestra la fotografía —dijo Keith—. Como ya te habrás dado cuenta, la ubicación de los diferentes accidentes geográficos es completamente arbitraria en relación a la Tierra.

Dudó unos instantes.

—No comprendo —dijo finalmente—. Es imposible que la naturaleza haya producido una réplica tan exacta de nuestro planeta. Algo o alguien debe haberla hecho. Pero, si es así, ¿por qué se preocupó por detalles tan pequeños como reproducir la torre Eiffel o el Pentágono y no por cuestiones más importantes, tales como la ubicación de ciudades enteras? Y más aún: ¿por qué incluyó en su réplica objetos o seres que sólo son fruto de la imaginación, como el famoso Laberinto en el que supuestamente vivía Minotauro, el monstruo mitad toro, mitad hombre?

—Aún no tengo respuesta para todo ello —respondió Phil—. Sólo espero que el mismo planeta nos lo aclare pronto. Si es que no nos topamos con ese algo o alguien de que tú hablas...

—¿Y por qué no? No olvides que quizá su objetivo sea puramente el de llamar la

atención de los terrestres, y en ese caso...

—Comprendo a dónde quieres llegar. ¿Supones acaso que nos esté esperando allá abajo?

—Es posible...

—Pues yo no lo creo. Es más, estoy casi seguro de que no será así.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Llámalo... pálpito.

Keith dudó. Sabía que Phil no era de la clase de los que prestan atención a los pálpitos. Algo debía haber detrás de aquello. Phil debía estar escondiendo algo grande debajo de la manga...

Los minutos pasaron y con ellos el tiempo necesario para establecer el sitio exacto del aterrizaje. La órbita llevó a la nave a un punto situado a unos cien kilómetros por encima y a unos doscientos al Este del punto elegido.

El resto fue cuestión de precisos cálculos y manos expertas en los controles. Todos se ubicaron en sus respectivos puestos, bien asegurados con correas a sus asientos y vieron cómo los detalles de la superficie se agrandaban más y más.

Finalmente, casi sin la menor sacudida, la nave se posó sobre sus grandes alerones, en posición vertical.

Phil se desabrochó su cinturón de seguridad y se puso de pie. Lo mismo hicieron Keith y los otros.

La gran claraboya de la sala de mandos mostraba una típica llanura terrestre.

Una monótona planicie cubierta de pastos y arbustos se extendía hasta donde se perdía la vista, salpicada de uno que otro árbol. En el horizonte se distinguía apenas una cadena montañosa, azulada por la distancia. A unas dos millas podía verse un extraño edificio de piedra, de considerable dimensión.

—El Laberinto —dijo Phil.

Londres, o mejor dicho su réplica, se hallaría a sus espaldas, donde no podía ser vista. Todos sentían, a la vez, una intensa curiosidad y un cierto temor. ¿Cómo sería esa ciudad fantasma, esa ciudad que era copia exacta de otra ciudad, construida en la Tierra a lo largo de siglos de guerra y de paz, de hambre y abundancia, de sabiduría, superstición, amor y odio? ¿Habría hombres en ella... y mujeres?

—Supongo que estará deshabitada —opinó Keith al respecto—. No creo que la copia haya llegado a tal extremo...

—No lo sé —replicó Phil—. Pero debemos prepararnos para todo. ¿Quién sabe qué podremos hallar?

Mientras hablaban y contemplaban el paisaje, mecanismos automáticos cumplían su tarea de registrar la composición de la atmósfera y del suelo, clasificar los probables seres vivientes que existieran en el contorno, amén de los vegetales y descubrir cualquier otro peligro que pudiera cernirse sobre los terrícolas.

En breves minutos, todo estaba dispuesto para abrir las escotillas. La atmósfera había resultado ser casi idéntica a la de la Tierra, con pequeñas variantes que no la hacían peligrosa. En un radio de trescientos metros no se registraba ningún animal o persona.

—Bien —dijo Phil entonces—. Ha llegado por fin el momento de pisar el suelo de este mundo desconocido.

IX

El equipo ya estaba preparado. Sólo restaba escoger qué personal descendería en la primera expedición y cuál quedaría a bordo para custodiar la nave. Luego, los elegidos bajarían hasta la cámara descompresora, donde tomarían el equipo necesario y se aprestarían a salir de la misma.

—¿Quiénes irán, Phil? —preguntó Keith.

—Para comenzar —respondió Phil—, iremos tú y yo.

—¿Los dos? ¿Quién quedará a bordo para cualquier emergencia?

—La tripulación es capaz de suplir nuestra falta, no te preocupes. Por otra parte quiero tenerte a mi lado si alguna eventualidad se presenta.

—De acuerdo —dijo Keith—. ¿Y quién más?

—Susan, solamente.

Keith abrió muy grandes los ojos.

—¿Susan?

—Sí —Phil parecía muy seguro de sí mismo—. No me preguntes el por qué. Ya lo sabrás.

—¡Pero puede ser peligroso!

—Espero que no.

—¿Lo has pensado bien?

Phil sonrió.

—Mejor de lo que crees —dijo.

Ambos salieron de la sala de mandos, luego de asegurarse de que los tripulantes que quedaban a cargo de ella conocían bien sus funciones y se dirigieron hacia el laboratorio de Susan.

Golpearon a la puerta, pero nadie respondió. Abrieron, y hallaron que el laboratorio estaba vacío. No había nadie en él.

—¿Dónde se habrá metido? —dijo Keith.

—Creo que ya lo sé —respondió Phil con una sonrisa. Phil indicó a su amigo que lo siguiera.

—¡Pero ésta es la dirección de la cámara de descompresión!

—Ya lo sé. Tú sígueme.

Keith así lo hizo. Tanto misterio no le gustaba, pero confiaba en su amigo. Cuando llegaron al pasillo que daba a la cámara, hallaron en él al personal encargado del equipo, terminando de disponer las cosas en orden... y también hallaron a Susan.

—Los estaba esperando —dijo ella—. ¿Por qué demoraron tanto?

—¡Pero...! —tartamudeó Keith.

—¿Estás preparada? —preguntó Phil, interrumpiendo la protesta de Keith.

—¡Claro que sí!

—De acuerdo —Phil se dirigió a los miembros de la tripulación—. ¿Las armas están en buenas condiciones de uso?

—Excelentes, capitán —respondió uno de ellos, con orgullo.

El teniente Miller apareció desde dentro de la cámara de descompresión.

—Buen día, capitán —saludó—. Todo preparado. Evidentemente, se trataba del verdadero teniente Miller, no del fantasma que había atacado a Phil en su cabina semanas atrás.

—Bien —dijo Phil—. ¿Qué esperamos entonces?

Había olvidado ya, el incidente ocurrido en su cabina con el teniente. O, mejor dicho, sin haberlo olvidado había comprendido finalmente que el teniente no había tenido relación con aquello... Al menos, no el verdadero teniente.

La tarea de colocarse todos los adminículos de seguridad, el morral lleno de provisiones, y todo aquello que pudieran necesitar en caso de tener que permanecer una semana entera fuera de la nave, parecía interminable, pero finalmente los tres estuvieron dispuestos para partir.

—Iremos primeramente a Londres —dijo Phil—, y volveremos. Pasaremos la noche a bordo, y mañana, si todo sigue en orden, nos llegaremos hasta el Laberinto, con una dotación mayor.

—Entendido, capitán —respondió el teniente—. Los esperaré aquí mismo.

—Bien.

Abandonaron la nave. El césped era blando bajo sus pies, y el cielo profundamente azul. Keith se inclinó y tomó un puñado de tierra entre sus manos.

—¡Hasta este momento no terminé de creerlo! —exclamó—. No me parecía posible, estaba más allá de lo imaginable... ¡Pero ahora!... ¿Quién puede negarlo?

Su expresión era de profundo asombro, como la de aquel que no cree en fantasmas y un día se encuentra con uno dentro de su propia casa.

Pero no había en Keith ni el menor asomo de miedo. Keith apenas había conocido el temor a lo largo de su vida.

A paso rápido fueron alejándose de la espacio-nave. Cada diez minutos, Phil se comunicaba con ella a través del equipo portátil de radio que llevaba a su espalda, comunicando cualquier novedad.

Londres aparecía delante de su vista. El espectáculo era increíble. Los altos edificios de Londres del siglo veintiuno se erguían majestuosamente en medio de las viejas casonas del siglo XVIII, que aún seguían en pie, milagrosamente. La ciudad no estaba completa. Tan sólo unas cien hectáreas se hallaban allí, pero de todos modos era fácilmente reconocible.

El río Támesis corría lentamente por debajo de los puentes, antiguos y modernos, y allí... ¡Sí! El Big Ben hacía sonar sus campanadas, como si fuera el verdadero Big Ben, el que a lo largo de los siglos había impuesto su presencia a la fisonomía de una

gran ciudad.

—¡Mira! —exclamó Keith—. ¡Gente!

Era cierto. Phil aguzó la vista. A unos trescientos metros se divisaba toda una multitud que recorría las calles, una multitud ruidosa y alegre que hacía sus compras del día.

—¡Es increíble! —dijo Phil—. Realmente no lo esperaba.

—Es hermoso, ¿no crees? —dijo Susan—. Toda esa alegría... ¿Recuerdas cuando te dije, a bordo de la nave, que quizá después de todo esto no fuera más que un juego?

Phil hizo memoria.

—Sí, recuerdo —dijo finalmente—. Fue cuando recién nos conocimos.

Susan le tomó el brazo y siguió caminando a su lado. Phil no hizo ningún esfuerzo por apartarse, pero en su mirada se notaba que no se hallaba a gusto.

Esto asombró a Keith, que no dejó de darse cuenta de ello. Pero optó por olvidarse del asunto.

Pronto se hallaron en medio de la bulliciosa muchedumbre. Contrariamente a lo que era de esperarse, nadie se fijaba en ellos.

Ni su indumentaria propia de una nave espacial, ni su armamento, ni aún el equipo de radio que trabajosamente Phil llevaba a su espalda, parecían llamar la atención. Aquellos hombres y mujeres, que sólo podían ser llamados con justicia fantasmas, se limitaban a seguir su camino indiferentemente, sin siquiera dirigirles una mirada.

Phil oprimió un botón de su equipo, y tomó el micrófono.

—El capitán llamando a *Ocaso*. El capitán llamando a *Ocaso*.

—Aquí la nave —se oyó inmediatamente por el altoparlante en miniatura—. ¿Qué ocurre, capitán? Se oye como si hubiera un terremoto a su alrededor.

—Hemos llegado al centro de Londres —respondió Phil—. El ruido que se oye es la charla y los pasos de toda una multitud, y el andar de miles de vehículos. ¡Esto es idéntico al Londres de la Tierra!

—Suena increíble, capitán —respondió la voz a través del altoparlante.

—Sin embargo, es cierto. Por ahora no hay signo alguno de peligro. En aproximadamente media hora daremos la vuelta y comenzaremos el regreso.

—Entendido, capitán.

—Corto, y fuera.

Phil volvió a dejar el micrófono a un lado, y siguieron caminando. El Big Ben dio las once y treinta.

—¿No crees que sería divertido —preguntó Susan—, detenernos a almorzar en el centro de Piccadilly Circus? ¿Se lo imaginan?

—Dejémonos de tonterías —respondió Phil—. Debemos regresar a la nave lo

antes posible.

—Pese a todas las apariencias —dijo Keith—, cualquier peligro es posible aquí.

—Así es —afirmó Phil.

Siguieron caminando. Pronto terminaron de convencerse de que allí no encontrarían nada extraordinario. Todo parecía seguir su curso normal... a excepción de que aquella no era en realidad Londres, y que ese mundo no era la Tierra.

A bordo de la *Ocaso* todo era normalidad. El encargado de la radio permanecía sentado aburridamente frente a su aparato, con los auriculares colocados, esperando que transcurriesen los próximos diez minutos hasta la siguiente llamada del capitán.

En la sala de mandos, los tripulantes se dedicaban a observar a través de la pantalla del teleobjetivo los detalles del Laberinto, y a comentar entre sí lo que veían.

—No lo puedo creer —decía uno—. Jamás hasta ahora el género humano se había topado con una construcción realizada por seres inteligentes... Y ahora que lo hace, resulta que esa construcción es copia de otra, sino existente, al menos creada ya en la mente de los hombres desde hace milenios.

—¿No es ridículo? —preguntó el segundo—. Pero... ¡Mira! ¿Qué es eso?

El primero observó el punto que señalaba su compañero, y vio en él una sombra que se movía.

—Parece... —dudó—. No, Minotauro no es. Al menos, no tiene apariencia de cuerpo humano y cabeza de toro. Esos... esos tentáculos. ¿Veo bien?

El otro asintió.

—¡Es un monstruo! —sobresaltado, exclamó—. ¡Y se acerca hacia aquí!

—¡Rápido! —dijo el otro—. ¡Ve a la sala de comunicaciones, y haz que le avisen al capitán de esto! ¡Cuánto antes!

—Enseguida.

El tripulante salió de la sala de mandos a la carrera. Su compañero permaneció pegado a la pantalla del teleobjetivo, observando al ser, a la cosa que se aproximaba más y más a la nave.

—¡Espero que el capitán se entere de esto antes que...!

Pero toda prisa era en vano.

El mensaje jamás podría ser enviado.

Cuando transcurrieron los diez minutos, Phil volvió a tomar el micrófono y a oprimir el botón que lo ponía en comunicación con la nave.

—El capitán llamando a *Ocaso*. El capitán llamando a *Ocaso*.

Esperó, pero la respuesta no se hizo oír.

—¿Qué extraño? —dijo Keith—. ¿Ocurrirá algo?

—¡El capitán llamando a la nave *Ocaso*! —repitió Phil, frunciendo el ceño—. ¡Hola, hola! ¡Atención, nave *Ocaso*, atención!

El altoparlante permanecía en silencio.

—Responda, *Ocaso*, ¡responda! ¡Capitán llamando a nave *Ocaso*!

Nada.

Phil volvió a insistir dos o tres veces, y luego colocó nuevamente el micrófono en su posición. Con expresión de rabia hizo señal a Keith y a Susan de que lo siguieran.

—¡Vamos! —dijo.

En pocos minutos se hallaban fuera de la réplica de Londres.

Cuando penetraban en la ciudad, pocos minutos atrás, la nave era perfectamente visible a la distancia, firmemente erguida sobre su cola. Ahora, el lugar en el que había estado se hallaba completamente vacío.

La nave había desaparecido.

—¡Esto no me lo esperaba! —exclamó Phil con furia—. ¡Maldito...!

Se detuvo, intentando controlar sus sentimientos. Keith no separaba su vista del sitio en el cual la nave debía encontrarse.

—Phil —dijo, con un hilo de voz, muy inquieto—. ¿Qué es eso?

Phil miró en la dirección que le indicaba Keith. Una forma vaga se movía con lentitud de un lado a otro.

—No lo sé, Keith —respondió Phil—. Pero diría que es algo peligroso.

—¿Le haremos frente?

—Quizá fuera más sensato ocultarse hasta que se vaya... —respondió Phil—. Pero no estoy dispuesto a hacerlo. Después de perder mi nave, ¿qué otra cosa puede importarme?

»Por otra parte, tenemos armas...

—Bien —dijo Keith.

—Susan —dijo Phil—, no te separes de nosotros.

—Pierde cuidado —respondió la chica.

En ella no se notaba la menor traza de miedo. Keith se sintió admirado por la fortaleza de esa joven mujer. Avanzaron en dirección a la forma que seguía moviéndose como al azar. No tardaron mucho en distinguir sus rasgos con bastante nitidez. Se trataba de algo así como un pulpo gigantesco, capaz de desplazarse por tierra sobre sus innumerables tentáculos. Su tamaño era simplemente extraordinario: decenas de metros de altura. Y parecía poder moverse a grandes velocidades, por la agilidad que mostraba en sus desplazamientos.

—¡Es algo atroz! —exclamó Keith, profundamente asqueado.

De la parte inferior del cuerpo del monstruo surgía una especie de pico afilado de color rojo, que se abría y cerraba convulsivamente. En lo alto, unos descomunales ojos de expresión idiota giraban independientemente uno del otro, y daban la impresión de poder desplazarse a través del cuerpo del monstruo a su voluntad, más que de hallarse fijos en un sitio.

Los ojos eran cinco.

—Quienquiera que sea el que lo creó —dijo Phil— ha leído una cantidad excesiva de ciencia-ficción.

—No es momento para bromas —replicó Keith.

—¡No se trata de una broma!

Keith no se detuvo a pensar en las enigmáticas palabras de su amigo. El monstruo se hallaba ya demasiado cerca como para desviar su atención en pequeñeces.

Cuando se hallaron a unos doscientos metros del ser, Phil alzó su arma y disparó.

El efecto del disparo fue completamente inesperado. El monstruo simplemente desapareció y volvió a aparecer, ileso, a unos cincuenta metros a la derecha de donde se había hallado de antemano.

—¡Es... es imposible! —exclamó Keith.

—No, no lo es —dijo Phil, que ya volvía a apuntar.

Su siguiente disparo tuvo el mismo efecto que el primero, sólo que esta vez el monstruo se materializó a unos cien metros a la izquierda.

Entonces, Keith se unió a Phil con su propia arma, y entre ambos lanzaron una terrible descarga sobre el ser. Finalmente, ambos vaciaron sus cargadores.

El monstruo parecía no haber sido herido.

—¡Rápido! —gritó Keith—. ¡Vuelve a cargar, antes que nos ataque!

—Espera —dijo Phil—. ¡Mira eso!

Keith miró. El monstruo parecía estar derritiéndose, literalmente transformándose en un espeso líquido blancuzco, que corría a través del pasto y los arbustos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Keith. Phil se encogió de hombros.

—No lo sé.

Pronto el monstruo había dejado de existir. En su lugar una espesa corriente de ese líquido se aproximaba velozmente a ellos. Se apartaron, y la corriente pasó a su lado.

Hasta ese momento, Susan había permanecido inmóvil y callada. Entonces se acercó a la corriente y hundió una mano en hila. La sacó cubierta de una especie de goma blanca, y ante la estupefacción de los dos amigos...

¡Comenzó a comer esa sustancia!

X

En realidad, el líquido blancuzco tenía un sabor dulce, muy parecido al del caramelo, incluso con su regusto amargo. Lo incomprensible de aquello, al igual que la extraña suerte del pulpo, no lo hacía menos real.

—¡Este es un lugar de locos! —exclamó Keith, cuando, luego de constatar que la sustancia no había tenido ningún efecto nocivo sobre Susan, se atrevió a su vez a probarla—. ¡A partir de este momento nada me parecerá imposible!

—Tienes toda la razón —dijo Phil—. Absolutamente toda la razón.

Pero no era momento de detenerse a pensar en aquello. Había graves problemas que solucionar, y especialmente el de la pérdida de la nave. Esto era lo peor.

Aún no se habían atrevido a pensar seriamente en aquello, pero semejante pérdida significaba que las posibilidades de regresar alguna vez a la Tierra habían desaparecido completamente. ¿Cómo cubrir, si no, las tremendas distancias que separaban aquel mundo del hogar?

No quedaba otro remedio que prepararse a vivir indefinidamente en aquel sitio. Tenían provisiones para una semana, pero... ¿y luego? ¿Qué harían cuando esas provisiones se agotasen?

Era imprescindible que encontraran una fuente segura de alimentos. Y además hacía falta protección para la noche... no sabían hasta qué punto descendería la temperatura cuando el sol se ocultase.

—Pero antes que nada —dijo Phil—, iremos a inspeccionar el Laberinto. Quiero averiguar si en su interior realmente vive Minotauro... Quiero saber si quien ha hecho este sitio realmente logró llegar tan lejos como parece... Y quiero descubrir algo más.

—Estoy de acuerdo —dijo Keith—. Pero antes almorcemos.

—Bien.

Acomodando cuidadosamente las distintas partes de su equipo, de modo de tener todo a mano, se sentaron sobre el pasto y sacaron de sus morrales las raciones indispensables para una comida.

Fue un almuerzo frugal, compuesto de bocadillos deshidratados y jugos de fruta, todo en pequeñas cantidades, pero con gran contenido alimenticio. En sólo diez minutos se hallaban nuevamente de pie y dispuestos a iniciar la marcha hacia el Laberinto.

La caminata de más de cinco kilómetros transcurrió sin novedades.

Susan no daba la impresión de estar cansada, de modo que no se detuvieron un instante. Cuando llegaron al pie del edificio, Phil dijo:

—Propongo que recorramos el perímetro del Laberinto, sacando todos los datos de interés que podamos, y luego pasemos la noche en aquel hueco que se ve allí —

señaló una hendidura de dos metros de diámetro que se distinguía a corta distancia—. Mañana nos internaremos dentro del Edificio.

Susan y Keith se mostraron de acuerdo, de modo que tras unos minutos de descanso, prosiguieron la marcha.

A un lado se hallaba el ancho río que mostraba la fotografía tomada por la nave-robot. Sus aguas corrían con lentitud. Phil agradeció para sus adentros el no haber tenido que atravesarlo para llegar al Laberinto. Parecía ser un obstáculo prácticamente infranqueable, teniendo en cuenta el equipo de radio que transportaban, el cual no debía mojarse.

Aunque tal vez no volvieran a tener oportunidad de utilizarlo. Phil, con un estremecimiento, rogó que su teoría fuese correcta, y que las cosas se desarrollaran como él esperaba.

El edificio del Laberinto parecía no terminar nunca. Avanzaron lentamente, estudiando las grietas en las paredes y los trozos de piedra desprendidos del muro exterior. Sus instrumentos medían el grosor de la piedra con exactitud milimétrica. Otro de los aparatos, versión reducida del que ocupaba parte del laboratorio del doctor Jalls, detectaba seres vivos, fueran o no conscientes.

—Mira esto —dijo Keith en cierto momento—. Hay algo con vida dentro.

—Minotauro —replicó Phil.

—¿Es posible?

—No entiendo de qué te extrañas —dijo Phil—. ¿No has visto cosas aún más increíbles que ésta?

—Sí, claro que sí. Pero un ser mitológico, mitad hombre, mitad toro...

Siguieron caminando. Susan daba la impresión de no experimentar ningún temor ante la situación de desamparo en que se hallaban. Antes bien, parecía disfrutar de cada segundo de esa excitante exploración que llevaban a cabo.

Como Phil no se mostraba intrigado por ello, Keith le restó importancia y siguió avanzando en silencio, dedicando toda su atención a la lectura de los instrumentos.

Nada interesante apareció delante de ellos durante la primer media hora de circunvalar la construcción. Entonces, finalmente, llegaron a la puerta que conducía al interior.

—Según la fotografía —dijo Phil— ésta es la única puerta.

—Así es —respondió Keith, contemplando la fotografía que Phil sostenía en su mano. Frente a ellos se alzaba una construcción que sobresalía del resto, con sus altas columnas de aspecto antiguo. El frontispicio, por encima de las columnas, mostraba una sucesión de figuras que ninguno de los tres logró identificar en su totalidad.

—La mitología nunca ha sido mi fuerte —afirmó Keith.

—Creo que será mejor pasar la noche aquí —dijo Phil—, y no donde habíamos pensado antes. Este techo nos puede ofrecer un buen refugio contra las inclemencias

del tiempo. En caso de algún ataque... ¡vaya uno a saber qué cosas pueden aparecer aquí...! Podremos internarnos en el Laberinto para ocultarnos o hacer frente a lo que sea desde una posición ventajosa.

—Creo que es lo mejor a que podemos aspirar ahora —dijo Keith sin demasiado entusiasmo—. Más adelante, quizá...

—Espero que no debamos estar mucho tiempo aquí —dijo Phil—. Pero ahora sigamos caminando.

De común acuerdo, retomaron la marcha y avanzaron hasta llegar al punto desde el cual habían comenzado a rodear el Laberinto. Ahora conocían ya toda la periferia del edificio. Restaba aún internarse en sus callejones sin salida.

Se tendieron a descansar, y media hora después emprendieron el regreso a la entrada del Laberinto. Una vez allí, vieron que la noche no tardaría en caer, y comenzaron los preparativos para pernoctar en ese lugar.

—Tú y yo —dijo Phil dirigiéndose a Keith—, nos turnaremos para hacer guardia. Dividiremos la noche en cuatro turnos: yo haré el primero y el tercero, y tú el segundo y el cuarto.

—Entendido —dijo Keith.

La noche fue muy larga. En su primer turno, Phil no vio nada de interés ni oyó nada aparte del débil siseo del viento en las hojas de un árbol que se erguía a pocos metros de su puesto.

No había señales de animales nocturnos de ninguna especie.

Las dos horas parecieron interminables. Cuando Phil creía que habían transcurrido treinta o cuarenta minutos, consultaba su reloj para hallar que sólo habían pasado diez o quince.

Pero finalmente llegó la hora de despertar a Keith. Así lo hizo. Keith abrió los ojos lentamente, y bostezó.

—¿Ya me toca a mí? —preguntó.

—Sí —dijo Phil—. Levántate.

Keith se incorporó, ya plenamente despierto.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna —Phil se desembarazó del arma y otros utensilios que llevaba encima, preparándose para descansar—. Procura no quedarte dormido.

—Pierde cuidado.

Phil se recostó sobre la piedra del pórtico del Laberinto, y apoyó la cabeza sobre su brazo izquierdo. A sólo un metro de distancia, el cuerpo de Susan se movió ligeramente, como en sueños. La chica estaba preciosa, con sus cabellos despeinados cayéndole sobre el rostro.

Habían encendido una pequeña fogata allí donde concluía la piedra del pórtico. Keith se sentó a ella, con los ojos bien abiertos.

A Phil le resultó difícil dormir. Multitud de pensamientos acudían a su mente, impidiéndole relajarse. Tenía una teoría, sí. Una teoría que podría explicar todo aquello, todo ese maremagno de acontecimientos incomprensibles... desde la muerte del cocinero hasta la locura del computador y la desaparición de la nave. Pero aún no podía considerarse plenamente seguro de ella. Necesitaba todavía una nueva prueba de su veracidad antes de decidirse a actuar.

Si su teoría era cierta, el paso que debería dar sería demasiado terrible como para cometer un error.

—¿Qué ocurriría si...? —se preguntaba Phil, sin atreverse a concluir la frase.

Debía admitir que las consecuencias de aquello le asustaban.

Cuando finalmente logró conciliar el sueño, ya Keith estaba sacudiéndole para que despertase.

Phil se incorporó, con un escalofrío. La temperatura había descendido vertiginosamente.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna... A excepción del frío. Creo que voy a tenderme al lado de la fogata.

—De acuerdo. Despertaré a Susan para que se corra también hasta allí.

Keith se acercó al fuego y se tendió de frente a él, en tanto Phil despertaba a Susan. La chica se incorporó con pereza y se trasladó, aún medio dormida, hacia la fuente de calor.

Cuando sus compañeros estuvieron dormidos, Phil comprendió que este turno de guardia sería aún más largo que el anterior.

Sin embargo, sus pensamientos lo llevaron a través de los minutos sin que se diera cuenta. Recordaba sus días de estudiante, los amoríos que había tenido a los veinte años, sus primeras misiones en el espacio.

Aquellos habían sido tiempos felices. Aún no se hablaba de los Bemitas. Ni siquiera se soñaba con ellos. Las naves del espacio podían surcar el firmamento sin otro riesgo que el provocado por los elementos naturales. Las tripulaciones no se quejaban de los peligros; no había necesidad de grandes armamentos.

¡Qué dicha sería volver a esos tiempos!

—Espero —se dijo Phil con una expresión de optimismo en su rostro— que mañana se aclare una serie de cosas. ¡Quizá logre matar dos pájaros de un tiro!

Matar... ¡Ese era el problema!

Keith apenas protestó cuando llegó el turno de despertarse. Sin una palabra, se acomodó de espaldas al fuego, mirando hacia el extremo opuesto al edificio del Laberinto.

Phil lo miró con una cierta desconfianza. Parecía no hallarse del todo despierto.

—¡Keith! —dijo—. ¿Quieres que siga yo de guardia?

—No, por favor —respondió Keith—. No sería justo.

Phil se encogió de hombros, y se tendió cerca de Susan.

Casi inmediatamente cayó dormido...

... y casi inmediatamente sintió que algo lo tomaba por los hombros y lo sacudía con violencia.

—¿Qué...? —alcanzó a protestar, aún semidormido. Entonces oyó que gritaban su nombre y abrió los ojos. Aún era de noche.

Keith seguía sacudiéndole.

—¿Eras tú? —murmuró Phil, con voz cansada—. ¿Qué ocurre?

—¡Susan! —exclamó Keith—. Susan ha desaparecido.

Phil se apoyó sobre sus codos, sobresaltado.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Susan no está aquí! —exclamó Keith—. Creo que me quedé dormido, y...

—¡Vamos! —gritó Phil, poniéndose de pie y tomando los adminículos que debía colocarse, incluyendo el equipo de radio.

—¿Hacia dónde? —preguntó Keith.

—¡Al Laberinto!

XI

El sol de aquel mundo comenzaba ya a aparecer por el horizonte cuando los dos amigos se introdujeron en el edificio a través del inmenso portal.

Phil encendió la linterna atómica que llevaba colgada de su cintura, y la enfocó hacia adelante.

El espectáculo que se mostró a sus ojos era siniestro: una serie de amplios pasillos se abría en abanico a partir de donde ellos se hallaban, para perderse en curvas y recovecos impredecibles.

Las paredes eran de un gris húmedo. Daban la impresión de viscosidad, de corrupción.

—¿Cómo sabes que Susan entró aquí? —preguntó Keith.

—Lo sé —respondió Phil—. Si todo sale bien... Luego te explicaré.

Keith le lanzó una mirada interrogativa. Como Phil no agregó nada más, volvió a mirar al frente.

—¿Cuál de ellos llevará al centro? —preguntó, señalando los pasadizos que se abrían a su frente.

—Quisiera saberlo —respondió Phil—, aunque...

Dudó. Rápidamente extrajo algo de su bolsillo y lo expuso a la luz de la linterna. Era la fotografía que le habían entregado junto a las instrucciones al comienzo de la misión, la que mostraba el Laberinto.

—Es bastante nítida —dijo Phil, observando el entretejido de líneas que era el Laberinto visto desde arriba—. Creo que podríamos orientarnos siguiendo esta fotografía como si fuera un plano, ¿no te parece?

—¡Eso es! —dijo Keith.

Cuidadosamente se abocaron a la tarea de descubrir, partiendo del centro, cuál era el camino a seguir para no perderse en el caos de callejones sin salida, y cuál el pasadizo correcto de los siete u ocho que se presentaban ante ellos.

—¡Este es! —dijo Phil finalmente, y se dirigió hacia el segundo pasillo a partir de la derecha. Keith lo siguió.

A los veinte pasos, el pasillo se bifurcaba.

—Según la fotografía, debemos tomar por la izquierda —dijo Phil.

Así lo hicieron. Consultando continuamente la suerte de plano de que disponían, se abrieron paso durante varios minutos entre la maraña de paredes elevadas que les cortaban el paso por doquier.

Hasta que, finalmente, se encontraron en un callejón sin salida.

—¿Cómo es posible? —exclamó Keith—. ¿Nos habremos equivocado al seguir la fotografía?

—No lo creo —dijo Phil—. Retrocedamos, e intentémoslo de nuevo, por las

dudas.

Así lo hicieron. Regresaron al pórtico de entrada, y volvieron a enfilear por el segundo pasillo a partir de la derecha. Con más cuidado que antes, volvieron a escoger una y otra vez por la derecha, o la izquierda, según los dictados del plano.

Fue inútil. Otra vez desembocaron en el mismo callejón sin salida.

—¡Esto no puede ser! —dijo Keith con furia—. ¡Nos están tomando el pelo!

—Creo que lo que tú dices es más cierto de lo que piensas —dijo Phil con una calma tensa—. En realidad, hay alguien que está jugando con nosotros.

—¿Por qué lo dices?

—De algún modo, entre el momento en que esta fotografía fue tomada y ahora, el Laberinto ha cambiado de forma.

Keith observó a Phil con incredulidad.

—¿Cambiado de forma, dices? —exclamó finalmente—. ¡Te has vuelto loco!

—Puedo asegurarte que no —replicó Phil—. Sé lo que te digo. Tú sígueme, y ya te convencerás.

Keith dudó. Finalmente, la confianza que había adquirido a lo largo de los años hacia Phil pudo más que sus dudas, y decidió aceptar sin más la palabra de su amigo.

—Ahora —dijo Phil— nos queda el problema de cómo llegar al centro de este Laberinto sin planos de ninguna clase.

—Podríamos —dijo Keith— ir escalando los muros.

—Es una buena idea, pero creo que deberíamos dejarla como última posibilidad. No sólo estos muros son sumamente altos y lisos, sino que además están cubiertos de una especie de material resbaladizo que haría muy difícil el escalarlos... Sin duda, están contruidos con ese propósito. Aunque lográramos trasponer uno o dos de ellos, el cansancio y la falta de tiempo nos vencerían.

—¿La falta de tiempo?

—Tenemos víveres para cinco o seis días, solamente.

Con un escalofrío, Keith comprendió que sus propios cálculos acerca de cuánto tiempo pasarían en el interior del Laberinto habían pecado de excesivo optimismo.

—Por otra parte —dijo—, Susan está adentro. Pero ella se ha llevado suficientes víveres, he tenido tiempo de comprobarlo.

—¿Es cierto? —preguntó Phil. Parecía preocupado—. ¿Sabes exactamente qué cantidad de provisiones se llevó?

—Pues... en realidad no —dijo Keith—. Pero podríamos averiguarlo en un instante.

Phil se apresuró a revisar el morral en el que llevaban los alimentos. Estaba prácticamente vacío.

—¿Esto es todo lo que tenemos? —dijo.

—Pues no —respondió Keith—. Yo tengo aquí... —rebuscó entre sus cosas—.

¡No lo encuentro! ¡Había un recipiente lleno de comida, y ahora ya no está!

—¡Lo que me temía ha sucedido! —exclamó Phil—. ¡Nos hemos quedado prácticamente sin alimento!

—¿Por qué habría de hacer algo así Susan? —preguntó Keith.

—Olvídalo —dijo Phil—. Creo que tenía sus motivos... Luego te explicaré, como ya te dije antes. Ocupémonos ahora de nuestra propia situación, que es bastante desesperada.

Calló por unos instantes.

—Pienso —dijo finalmente— que debemos probar suerte, y seguir los pasillos intuitivamente. Quizá podamos estar cientos de años en el interior de esta condenada cosa sin llegar al centro... Pero espero que ello no ocurra.

»En cuanto se terminen estas provisiones que tenemos —agregó—, volveremos al exterior a probar suerte con la caza. No olvides que tenemos armas con las que... ¡Eso es!

—¿Qué ocurre? —preguntó Keith.

—¿Cómo no se nos ocurrió antes? —exclamó Phil—. ¡Ahora comprendo! Nos habían bloqueado las mentes para que no llegáramos a esa idea.

—¡No entiendo nada! —dijo Keith—. ¿Podrías explicarme, por favor?

—Por supuesto —el rostro de Phil irradiaba alegría—. Podemos abrírnos paso a través de estas paredes con nuestras armas, abriendo boquetes por los cuales podamos pasar. Creo que es lo primero que se nos debió haber ocurrido.

—¡Tienes razón! —exclamó Keith—. ¡Qué idiota que soy!

—No. Ni tú ni yo somos idiotas. Tengo motivos para pensar que nos habían bloqueado la mente, como ya te dije. Pero sólo fue necesario que yo recordara nuestras armas, para que el bloqueo quedara sin efecto.

—¿Y quién crees que nos estaría bloqueando la mente? —preguntó Keith.

—Los mismos que construyeron todo esto. Los mismos que hicieron todo este condenado planeta. ¡Los Bemitas!

—¿Los Bemitas?

—¡Claro que sí! Aunque debiera decir mejor «el» Bemita, pues se trata de uno solo.

—¿Cómo dices?

—¿Es que no comprendes?

—¡No, no comprendo absolutamente nada!

—Bien, no importa eso ahora. No hay tiempo. Te explicaré todo cuando salgamos de este sitio. ¡Ahora debemos llegar al centro cuanto antes!

Keith pareció pensar.

—¿Y Susan? —preguntó—. ¿No estará ella perdida también en este caos?

—No lo creo. Lo más probable es que haya llegado hasta el mismo centro.

—¿Por qué crees eso?

Phil no respondió. En su lugar, alzó su arma y disparó contra la pared, en dirección al centro del Laberinto. Se alzó una gruesa cortina de humo. Cuando ésta se disipó, quedó al descubierto una abertura por la que pasaron. Se hallaron entonces en otro pasillo idéntico al anterior.

—¡Espero llegar al centro antes de que se acaben todas las cargas! —dijo Phil, antes de volver a disparar. Disparando alternadamente con sus respectivas armas, Phil y Keith atravesaron del mismo modo centenares y centenares de muros que de otro manera serían inexpugnables.

El sol se había alzado por encima de las paredes e iluminaba con clara luz el interior del Laberinto. Hacía rato ya que no era necesaria la linterna atómica.

Entre un disparo y otro, Keith no podía evitar un escalofrío cuando recordaba al monstruo que vivía en el centro del Laberinto, Minotauro, con cuerpo de hombre y cabeza de toro.

Según la leyenda, periódicamente se habían efectuado sacrificios que consistían en enviar al Laberinto jóvenes vírgenes, que serían luego atrapadas por Minotauro. No era necesario pensar mucho entonces para llegar a una terrible conclusión.

¡En ese mismo instante aquel engendro podría estar devorando a Susan!

Phil comenzó a preocuparse. Habían atravesado ya una cantidad incontable de muros idénticos, y el fin parecía tan lejano como al principio. Ya casi la provisión de cargas que llevaban estaba por agotarse.

—Si mis cálculos no fallan —dijo—, no debe faltar mucho para llegar al centro. Pero por más que uno conozca las dimensiones de este edificio, es muy fácil desorientarse en el interior.

Dudó.

—¡Incluso es posible que nos hayamos desviado, y que nunca lleguemos al centro por este camino!

—Espero que ello no ocurra —dijo Keith—. Al menos, mi sentido de la orientación jamás me ha fallado —no parecía demasiado convencido de lo que decía.

—Pero esto es distinto de toda experiencia humana anterior. ¡Jamás nadie construyó un Laberinto ni remotamente tan grande como éste!

Siguieron transcurriendo los minutos. Ya era más de mediodía, cuando Phil volvió a hablar.

—¡Quedan sólo cuatro cargas en mi arma! —dijo.

—Y en la mía dos —agregó Keith.

—Espero que ésta sea la última pared que debemos traspasar... Si mis cálculos son correctos, una vez que lleguemos al centro necesitaremos varias cargas más...

Dejando inconclusa su frase, Phil disparó.

El milagro se hizo. Delante de sus ojos apareció un claro de más de mil pies de

diámetro, en el centro del cual se divisaban dos figuras.

—¡Susan! —exclamó Keith, y se lanzó hacia el claro, pasando a través de la abertura practicada en la pared.

—¡Minotauro! —exclamó Phil.

Había reconocido en la figura mayor de las que se hallaban en el centro del claro al monstruo mitológico que habían esperado ver. Su estatura era colosal. Y su inmensa cabeza no era humana. La distancia impedía verla con nitidez, pero era evidente que dos horribles cuernos partían de la parte superior, y un hocico abierto y furibundo se destacaba en lo que no podía ser, de ningún modo, un rostro humano.

Susan gritó. Minotauro, a unos veinte metros de distancia de ella, comenzó a avanzar en su dirección con las garras extendidas.

Keith, que se hallaba sólo a unos cien pasos de distancia, pues había llegado hasta allí corriendo, alzó su arma.

Phil, detrás suyo, gritó:

—¡Espera!

Keith se detuvo.

—¿Qué ocurre, Phil? —gritó—. ¡Si no actuamos pronto, la matará!

—¡Déjame a mí! ¡Yo sé cómo enfrentar esto! —exclamó Phil—. ¡Es el momento que había estado esperando!

Dicho esto, Phil detuvo su carrera. Alzó su arma, y apuntó...

Keith no lo podía creer: ¡El arma de Phil se dirigía hacia Susan!

—¡Pero te has vuelto loco! —gritó Keith, intentando desviar el cañón del arma.

—¡Espera y lo verás!

Susan había visto ya a Phil, y había notado hacia dónde apuntaba el cañón de su arma. Olvidada de Minotauro, que ahora sólo se hallaba a unos cinco metros de distancia, gritó...

... ¡Y desapareció!

—¿Qué es esto? —exclamó Keith, atónito.

—¡Allí está! —gritó Phil, señalando hacia la derecha. Susan permanecía de pie a unos cien metros de ellos. Pero algo en su fisonomía había cambiado. Ahora era una figura mucho más pequeña... ¡Y tenía una apariencia casi animal! ¡Era un animal asustado!

Phil apuntó rápidamente, y disparó.

El animal que era ahora Susan desapareció nuevamente, para volver a materializarse en un punto del claro opuesto al que ocupaba anteriormente.

—¡No dispaes! —gritó el ser—. ¡Yo te amo!

Su voz tenía una extraña cualidad inhumana. Sonaba como proveniente de una garganta animal, monstruosa. Era un chillido desesperado, que nada tenía en común con lo que había sido la dulce voz de Susan.

—¡Tengo miedo! ¡No me mates!

Phil disparó nuevamente.

El ser volvió a desaparecer, y se materializó en otro sitio.

—¡No me odies, Phil! —gritó—. ¡No me odies! ¡Necesito que me ames, que me ames como se aman ustedes, los humanos! ¡Estoy sola en el universo! ¿Por qué no quieres jugar conmigo? ¿Por qué me quieres matar? ¡Te amo, Phil!

Keith, boquiabierto, presenciaba inmóvil la escena.

—¡Te odio! —gritó Phil entonces—. ¡Todos te odiamos! ¡La humanidad entera te odia, y te odiará siempre! ¡Nadie quiere jugar contigo! ¡Nadie desea amarte, ni te amaré jamás! ¡Eres inútil, inservible!

»¡Eres un ser odioso! ¡Eres... una niña mala!

El ser lanzó un agudo chillido de terror y cayó al suelo presa de terribles convulsiones.

Phil aprovechó el momento. Alzó su arma, y apuntó. El pulso le temblaba, pero hizo un esfuerzo y logró dominarse.

—¡Debo hacerlo! —masculló entre dientes—. ¡Aunque parezca cruel, debo hacerlo! ¡Es el único modo posible de salvar a la humanidad! ¡La humanidad necesita que dispare!

Entonces disparó. El ser no se movió de su sitio, y recibió la descarga en toda su plenitud. Herido de muerte, lanzó un nuevo grito.

Luego, el silencio fue profundo, uno de los más profundos que hubieran percibido jamás Phil o Keith.

Keith gritó, casi junto a los oídos de Phil.

—¡Mira el Laberinto! ¿Qué está ocurriendo, Phil?

Phil separó su mirada de la cosa amorfa que yacía en el piso, a unos cien pasos de distancia, y contempló cómo el Laberinto desaparecía, dando lugar a una superficie rocosa y monótona, que se extendía hasta el horizonte. Unos pocos vegetales crecían aquí y allá, entre las rocas.

—¡El río! ¡La ciudad! —Keith no podía creer lo que veía—. ¡Todo ha desaparecido!

—Este es en realidad el mundo en que nos hallamos desde un comienzo —dijo Phil—. El resto era tan solo... una ilusión.

De pronto se divisó una forma oscura a lo lejos. Una forma metálica, esbelta, erguida verticalmente por sobre la roca desnuda.

—¡Es la nave! —exclamó Keith.

—¡Vamos hacia allí! —dijo Phil. Corrieron.

Un mar de preguntas inundaba la mente de Keith, pero necesitaba todo el aire de sus pulmones para mantener el ritmo de su carrera.

XII

Cuando llegaron a la nave hallaron la escotilla abierta, y en ella al teniente Miller, que les esperaba.

—¡Capitán! —exclamó el teniente—. ¡Qué alegría verlos nuevamente! Ya estábamos desesperados de su suerte.

—Y nosotros de la de ustedes —replicó Phil, sonriendo. Subieron a bordo. Dos tripulantes les ayudaron a desembarazarse de sus instrumentos.

—Han ocurrido cosas extrañas aquí a bordo —dijo el teniente—. Tenemos un nuevo tripulante...

—Ya lo sé —dijo Phil sonriendo—. La doctora Nora Cooper, ¿no es cierto?

Miller se quedó mirándolo, boquiabierto.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé, simplemente. Y también sé algo más... ¿Hartman está vivo, no es cierto?

—¿Cómo? Pues sí que lo está, pero...

—¡No comprendo! —exclamó Keith—. ¿Quién es esa doctora Cooper? ¿Y Hartman, el cocinero, cómo...?

—La doctora Cooper es la bióloga de a bordo —respondió Phil—. La verdadera.

—¿La verdadera? ¿Qué quiere decir?

Phil había terminado de quitarse de encima sus aparatos, y ahora se estaba frotando los ojos. Su expresión era de cansancio.

—Hay muchas cosas que explicar —dijo. El teniente Miller parecía preocupado.

—¿La doctora Blaze, capitán? —preguntó—. ¿Le ocurrió algo?

—Quédese tranquilo —Phil hizo un esfuerzo por sonreír—. Le aseguro que todo está en orden. La doctora Blaze no volverá.

Hizo un gesto para acallar el vendaval de preguntas que le dirigían Miller y Keith, y agregó:

—Estoy hambriento. Déjenme al menos comer algo. Luego nos reuniremos en la Sala de Conferencias, y todo se aclarará debidamente.

»¡Ah! —dijo, dirigiéndose a Miller, no olvide avisar a la doctora Cooper, para que ella también concurra a la reunión.

Dicho esto, Phil se retiró.

La sala de conferencias no había experimentado cambio alguno desde la última vez que habían estado en ella. La plana mayor de la nave se encontraba allí: Phil Dick, Keith Farmer, los doctores Detchz y Jalls y los tenientes Miller y Loogs.

Había otra figura también: una figura pequeña, de deliciosas formas, vestida con un guardapolvo blanco.

El teniente Miller estaba narrando al capitán y al navegante lo ocurrido a bordo

desde el momento en que ellos habían salido junto a Susan en dirección a la réplica de Londres.

—Entonces —decía— todo a nuestro alrededor pareció desvanecerse, y nos hallamos en este sitio, rodeados por roca desnuda. No suponíamos que se tratara del mismo lugar, sino de otro mundo.

»En ese mismo momento los que nos hallábamos en la sala de mandos oímos un fuerte ruido proveniente del pasillo, y salimos a investigar lo que ocurría. Fue así que conocimos a la doctora Cooper —señaló a la mujer de cabellos oscuros que permanecía sentada en el centro de la sala de conferencias.

—Soy la doctora Nora Cooper —dijo ella—. Bióloga de a bordo. Según me he enterado, ha habido alguien reemplazándome en ese puesto hasta ahora... una tal doctora Blaze.

—Así es —dijo Phil.

—Me alegro de que toda esta pesadilla haya terminado ya. Imagínese, capitán: días y días de permanecer a bordo... ¡Y nadie se percataba de mi presencia! Fue terrible. Recuerdo especialmente cuando me introduje en el laboratorio del doctor Jalls. Usted y el doctor no podían verme, mientras hablaban de que a bordo sobraba alguien. No sabía cómo llamarles la atención, de modo que finalmente me decidí a arrojar las probetas al suelo. Usted, capitán, tropezó conmigo y me atrapó. Pero entró ese ser... la doctora Blaze... y entonces sentí como que sus brazos atravesaban mi cuerpo. Yo seguía estando allí, pero usted ni siquiera podía tocarme. ¡Creí que me volvería loca!

—Comprendo, doctora —dijo Phil—. Pero quédese tranquila. Nada de ello volverá a ocurrir.

La doctora asintió.

Keith le lanzó a Phil una mirada muy especial. Conocía las miradas de su amigo, y por la que le había lanzado a la doctora Cooper podía saber qué proyectos se estaban tejiendo en lo más profundo de su mente. La doctora Cooper tenía sin duda un papel fundamental en esos proyectos...

—Bien —dijo Phil—. Celebro que no haya que lamentar ningún tipo de daños a bordo... y que nuestro cocinero haya retornado a la vida.

El teniente Miller alzó la mano desde su asiento.

—Capitán —dijo—, ¿cómo sabía usted que todo eso ocurriría? Me refiero a lo de Hartman, y a la doctora...

—En realidad fue muy simple —respondió Phil—. Todo comenzó cuando me decidí a hacerlo cierta pregunta al computador.

—¿Qué pregunta?

—Le solicité los antecedentes personales de la doctora Blaze. Y la respuesta fue que no existían antecedentes de ningún tipo. La doctora Blaze no era una persona

real.

»Por otra parte, el computador agregó que la bióloga de a bordo en realidad se llama Nora Cooper, y que su descripción física no concuerda con la de Susan Blaze.

»El resto fue deducción pura. Ya le he hablado a nuestro navegante, Keith Farmer, sobre cómo llegué a la conclusión de que los Bemitas y aquello que provocaba todos los hechos incomprensibles acaecidos a bordo constituían en realidad la misma cosa. Lo único que quedaba por resolver era lo siguiente: ¿Por qué los Bemitas se tomaban todo el trabajo de crear un planeta similar a la Tierra y de provocarnos toda clase de dificultades a bordo? Y además, ¿cómo combatirlos?

—¿Qué papel desempeñaba Susan dentro de todo ello? —preguntó Keith.

—Ahora te lo explicaré. Pero quisiera empezar por el principio.

Pensó por unos instantes.

—Hasta ahora —prosiguió luego— hemos estado hablando de «los» Bemitas, cuando en realidad se trataba de uno solo. Aunque debiera decir «una», pues era del sexo femenino.

»No sé aún si era la última representante de una raza extinguida, o si su aparición en el universo fue un accidente único de la naturaleza, que no volvió a repetirse. Sólo sé que se trataba de un ser carente de materia, compuesto de energía pura, con unos poderes muy especiales: era capaz de tomar la forma que quisiera, y de crear ilusiones a su alrededor. Ilusiones no sólo visuales, sino también auditivas, táctiles, etc. De ese modo simuló toda una guerra contra la Tierra.

—¿Cómo es posible? —preguntó el doctor Detchz.

—Las naves Bemitas que estuvieron acosando a toda nuestra Flota durante años jamás existieron. Sólo creímos que existían. Y no me pregunten cómo, pero también nuestros instrumentos se engañaron al respecto.

»Lo mismo puede decirse de las naves terrestres desaparecidas. Supongo que en estos momentos, allá en la Tierra, se deben estar volviendo locos... A esta altura las naves supuestamente perdidas deben haber retornado ya completamente ilesas, con su tripulación alegre y feliz por estar otra vez en casa.

—¡Es increíble! —dijo Keith—. ¡Entonces Tierra II, con su Laberinto, su réplica de Londres y todo lo demás, también fue un engaño!

—Así es.

—Y también lo fueron la muerte de Hartman, tu supuesta pelea con el teniente Miller, la demencia del computador...

—Por supuesto. Pero ese ser aparentemente todopoderoso, no contó con algo: las ilusiones que creaba no eran perfectas.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerda: Hartman murió demasiado repentinamente, Tierra II no era en todo similar a la Tierra original... Y además, la forma corpórea que adoptó, o sea la de

Susan Blaze, tampoco era perfecta. El doctor Detchz, que lo notó desde un comienzo, lo puede decir muy bien.

—Así es, capitán —dijo el doctor.

—¿De qué están hablando? —preguntó el doctor Jalls—. No comprendo nada.

—El doctor Detchz afirmaba que la doctora Blaze no tenía ombligo, e incluso que en ciertos momentos no respiraba... Todo lo cual me pareció completamente inverosímil, por supuesto. Hasta ahora.

—Capitán —dijo Miller—, aún no ha explicado el por qué de la actitud de ese ser.

—Es cierto —respondió Phil—. Pues bien, se trataba de un ser que recién estaba abandonando la infancia. Una infancia que quizá haya durado milenios. Un niño, en realidad, sumamente travieso. Como cualquier niño humano, había buscado con quién jugar... Hasta que descubrió la Tierra.

»Cuando se aburrió de jugar a la guerra, se dedicó a crear acertijos. Ese es un juego muy común entre los niños. Entonces construyó Tierra II, y dentro de él construyó el Laberinto.

»Pero algo más ocurrió. Junto con el comienzo de la adolescencia, llegó el momento en que descubrió su sexo, y se enamoró. En todo el universo no había hallado un solo representante de su raza, así que no tuvo otro remedio que enamorarse de un terrestre.

»Y ese terrestre, debo decirlo, fui yo.

»Toda su actitud a bordo estuvo destinada a convencerme de que no existe cosa peor que ser un oficial de la Flota. Quiso volverme loco, y casi lo consiguió. Quiso enemistarme con la tripulación, y estuvo a punto de lograrlo. Imagínenselo: si yo hubiera abandonado la Flota para casarme con ella, su felicidad hubiera sido completa.

»Pero no logró derrotarme. Al final, logré descubrirla. La convencí de que nadie podría amarla, de que sus juegos eran tonterías... Y cuando bajó sus defensas, la maté.

»No sigamos con esto. Hay mucho trabajo que hacer, ¿no es cierto? —se volvió hacia Keith.

—¡Navegante! —dijo, con una sonrisa en la que había mucho de seriedad—. ¡Pongamos proa hacia la Tierra!

FIN

ANDERSON FRIPP es el seudónimo del periodista argentino Norberto Marco, que en la década de los 70 publicó varias novelas de Ciencia Ficción en la serie Saturno 2000 de la Editorial Edipa. Esta editorial era propiedad del periodista Teddy Martino, y se convirtió después en la Editorial Grandes Libros de Bolsillo.

Además de *Laberinto estelar*, Marco publicó en esta misma colección *Apocalipsis* con el seudónimo de Dick Bird, *La amenaza de octubre*, que firmó como Shirley Mac Shirley, *Las voces de espejos*, con su propio nombre y *Viaje a través del infierno* para la que recupera como autor a Anderson Fripp.

Notas

[1] Esta línea y parte de la anterior se agregaron para preservar la continuidad del diálogo. <<